

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 23 de la Moda.

1870. — TOMO XXXVI.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 934.

Administración general, passage Saunier, número 4, en París.

## SUMARIO

Fabricación del carbon de leña; grabado. — Doña Sibila Forcia, episodio de los anales de Aragon. — Llegada á las

avanzadas prusianas de los ingleses, americanos y suizos que salen de París; grabado. — Defensa de París: Obras de inundación; grabado. — Revista de París. — Poesía: A una ingrata. — Los hijos de Carlomagno. — La defensa de París: Los cañones; grabados. — Escenas de la vida inglesa. —

Guardias movilizados recogiendo coles en las afueras de París; grabado. — De Villahermosa á la China, coloquios de la vida íntima. — Guardias movilizados destruyendo un puente del Crould; grabado. — Estado actual de la aldea de Bondy; grabados.



DEFENSA DE PARIS. — Fabricación de carbon de leña en Passy, en el jardín de una casa perteneciente á M. Thiers.

### Fabricacion del carbon de leña.

Paris se parece á Robinson cuando dentro de su isla tiene que hacerlo todo y que crearlo todo, para suplir las cosas que le hacen falta. Ahora bien ¿ cómo vivir sin lumbre y por consiguiente sin carbon? Preciso ha sido pensar en el modo de fabricar carbon.

La operacion es sencillísima y no ofrece dificultades. Consiste en reunir pirámides de troncos cortados en forma de conos truncados, en cuyo centro se deja un espacio vacío para pegar el fuego; estas pirámides se cubren con una capa de hojas secas ó de césped, sobre la cual se hecha tierra dejando por abajo algunas aberturas para que penetre el aire: se prende fuego y cuando la masa está encendida, se tapan todas las aberturas, á fin de que la combustion se continúe de una manera lenta y que la leña al abrigo de las corrientes de aire se convierta poco á poco en carbon.

Este método de carbonizar la leña es muy antiguo: Leofrásto le describe circunstanciadamente. Los chinos carbonizan la leña en hornos subterráneos, los cuales tienen ya aberturas, una que sirve de chimenea y hace el oficio de máquina aspirante, y otra que da entrada al aire necesario para la combustion. El ingeniero Lebon fué el primero que imaginó por los años de 1785, el carbonizar leña en recipiente cerrado para obtener á la vez carbon, gases combustibles, alquitran y vinagre de leña.

Estos últimos dias hemos visitado en Passy los lugares en donde se fabrica el carbon. Hay cuatro. El que representamos es el de la calle de Belles-Feuilles, en el jardín de una casa que pertenece á M. Thiers. Produce diariamente unos sesenta sacos de carbon.

Las cuatro instalaciones de Passy funcionan desde hace mas de un mes y han producido cantidades de carbon considerables. Pero este carbon no se ha introducido en las casas para el uso doméstico, porque primero es la pólvora, cuya fabricacion exige cierta cantidad de carbon de leña.

Nada mas justo. Sin embargo, el carbon se hace tan fácilmente, que no comprendemos cómo no se multiplica su fabricacion, para entregar al consumo un producto que no se encuentra en el dia en ninguna parte.

L. C.

### Doña Sibila Forcia.

EPISODIO DE LOS ANALES DE ARAGON.

I.

Año de 1386.

El sábado 29 de diciembre de 1386 fué en Barcelona un dia tristísimo. Hacía un frio intenso que en nada disminuía una lluvia menuda y casi helada que se desprendía sin ruido de una atmósfera cargada de nubes y sombría. Aun no había anocheado, y ya nadie transitaba por las angostas calles de la ciudad de Amilear. Todos los talleres y tiendas se hallaban cerrados, excepto el obrador del armero Arnaldo, en el que aun ardía la fragua y chispeaba el hierro á los continuados golpes del martillo; y es por cierto una buena muestra de las ideas de la época el silencio de todas las artes y el abatimiento de todas las industrias, mientras la de construir armas estaba en completa actividad.

En tanto que el armero alentaba sus oficiales con la voz y con el ejemplo, hablaba tambien con dos ó tres hombres, al parecer artesanos, que bien hallados con la caliente temperatura del obrador, habían abandonado sus quehaceres para tener un rato de tertulia.

— Muchacho, decía el armero dirigiéndose á uno de sus oficiales, acaba de bruñir el puño de esa espada, y á ver qué tal trabajas. Mira que ese arma es nada menos que para el conde de Pallas, tan buen caballero y pagador, como hombre de malas pulgas si llega á enfadarse. Pues lo que os digo, vecino, añadió hablando con uno de los artesanos, es que os han engañado completamente. Estoy mejor informado que vosotros, y puedo asegurar que S. A. está hoy mucho mejor de su dolencia.

— Os equivocáis, vecino, respondió el artesano; el rey Don Pedro está en los últimos de su vida, y acaso, acaso no salga de esta noche. Para qué veáis que lo sé de buena tinta, os confesaré que me lo ha dicho el escudero del señor Arnaldo de Eril, el capitán de caballos que estubo no hace dos horas en mi tienda.

— Pues yo sé lo contrario de boca del mismo conde de Pallas, que no sale de palacio. ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Qué decís ahora?

Reía el armero con la satisfacción de un hombre que acaba de dar una razon concluyente; pero su contrincante respondió á su risa con otra risa de malicia, y dijo:

— ¡ El conde de Pallas! Ya, ya sabemos por qué quiere ocultar el peligro del rey.

— Vecino, dijo el armero, mirad como habláis.

— Yo hablo, respondió el artesano, como me lo aconseja mi conciencia. Dios haga que S. A. sane de su enfermedad como lo desean yo y todos sus buenos vasallos. En cuanto al conde de Pallas, y á otros que no hay para qué nombrar, esa es harina de otro costal. Si vos, maestro Arnaldo, supiéseis lo que hay, hablaríais y pensaríais como yo hablo y pienso.

— ¿Pues qué hay? dijeron todos con curiosidad.

— Cosas que solo pueden referirse entre personas de toda confianza. Bien podeis, vecino, mandar cerrar la puerta, que hace frio suficiente para que antes cause placer que disgusto el abundante calor: encargad á vuestros obreros que redoblen el ruido de sus limas y martillos para que el de mis palabras solo alcance á vuestros oídos, y acercaos bien para escuchar noticias que os pasmarán.

Hízose todo como lo deseaba el prudente artesano, y aunque los oficiales del armero hubieran querido mejor oír las deseadas noticias que seguir trabajando, tuvieron que obedecer, mal de su grado, y seguir con la ruidosa batahola de la forja, en tanto que su amo con los otros se agruparon no lejos de la fragua. Dió entonces el narrador una ojeada á su alrededor para ver si se habían tomado todas las precauciones, y convencido de que aun él mismo tendria que levantar la voz para ser oído de sus compañeros, principió su relacion.

— Ya sabreis, dijo, que la enfermedad de S. A. tiene dos causas y ambas sobrenaturales. Es cosa averiguada, que aconsejado el rey de los perversos que lo rodean, y muy principalmente de su mujer la reina Doña Sibila, de quien Dios nos libre, y del hermano de esta don Bernardo Forcia, movió cruel persecucion contra el santo arzobispo de Tarragona y otros fieles de la misma ciudad, en tales términos, que irritada la bendita santa Tecla, patrona del arzobispado, se le apareció una noche, y despues de reprenderle agriamente su impiedad, le dió un tremendo bofetón (1) para que se acordase siempre. Desde entonces principió el rey á enfermar, agravándose continuamente con los hechizos que le ha hecho dar la pícara de su mujer, y que son la otra causa sobrenatural de que hablé al principio.

— ¡Hechizos! exclamaron todos con espanto.

— Ni mas ni menos, respondió el historiador con calma. Me consta que sospechando algo nuestro buen príncipe Don Juan, que, como sabreis, se halla tambien muy enfermo en el ducado de Gerona, encargó á un juez que instruyese proceso secretamente contra la reina su madrastra, hermano y cómplices, y de él ha resultado que Doña Sibila, no solo ha hechizado al rey su marido, sino tambien al mismo príncipe Don Juan su hijastro, cuya enfermedad depende tambien de hechizos como la de su padre.

— Pero sepamos, dijo el armero, qué tiene que ver todo eso con nuestra disputa.

— Allá voy, vecino; no hay que apurarme. Es el caso, que temerosa la reina y sus secuaces de la venganza que contra ellos ha de tomar el príncipe Don Juan luego que herede la corona, hacen correr la voz de que el rey está muy aliviado, y no peligrá su vida. El conde de Pallas, grande amigo de Doña Sibila, está de acuerdo con ella en todo, y aun hay quien dice... pero vale mas callar. El resultado es, que personas bien intencionadas, que ni aun en palacio faltan, han llegado á oler el embrollo y están alerta, porque saben que el intento de la reina es escapar una noche con todos los suyos, llevando consigo todas las alhajas y dinero que hay en palacio; pero dicha tendrá si sale con la suya, porque los amigos del príncipe no se duermen, y entre el pueblo hay muchos que están ya avisados para cuando llegue el caso.

Aquí llegaba de su cuento el artesano, cuando se oyó en la calle un rumor de caballos y gente que apresuradamente pasaba. Asomáronse á una ventanilla el armero y sus cofrades, pero la turba pasó y nada pudieron averiguar, porque la noche había cerrado oscurísima.

— ¿Eh? ¿Qué tal? dijo el artesano narrador; la broma principia. Opino que nos retiremos cada cual á nuestra casa, y procuremos encerrarnos bien, que en estos casos de revueltas nada tienen que ganar las gentes honradas y pacíficas.

— Así es, dijeron todos.

Y fuéronse saliendo unos tras otros. Despidió el armero á sus oficiales, y cerrando la puerta de su tienda con todo cuidado, despues de apagar el fuego, se subió á su habitacion.

En aquella misma noche todo era desolacion, susto y trastorno en el palacio menor de Barcelona, ordinaria residencia de los reyes de Aragon, cuando visitaban la capital de aquel su condado. El artesano historiador tenia mucha razon en creer que el rey Don Pedro estaba enfermo de mucho peligro, porque efectivamente se hallaba en los últimos dias de su vida.

La certeza de esto, que era demasiado pública, á pesar de los esfuerzos que hacían los partidarios de la reina para estorbarlo, tenia puesta en movimiento á toda la ciudad, cebando todas sus cuentas para sacar partido de las circunstancias.

Los enemigos de Doña Sibila adictos á los intereses de su hijastro el duque de Gerona, heredero del reino, se alborotaban y conmovían al pueblo para que sirviese de instrumento á sus ambiciones y odios. Los indiferentes, cortesanos de oficio que se curaban poco de las personas, pues su ocupacion era adular el poder, fuese cual fuese quien lo ejerciera, trataban ya de congraciarse con el futuro soberano, y para ello abandonaban al mo-

(1) Histórico.

ribundo, desfilando sucesivamente y saliéndose de palacio para ir á conquistar con bajezas la seguridad de poder seguir ejerciendo su oficio, y los amigos de la reina, pocos en número y temerosos de la suerte que les esperaba, andaban desalentados y sin acertar á poner en uso un medio de salvacion.

Aquellos salones adornados segun el gusto de la época, con un lujo grosero y sobrecargado, pero rico y espléndido, se hallaban solitarios ó entregados á poder de gente menuda, y criados de escalera abajo que aprovechaban la general confusion para saquearlos, y en una cámara retirada yacia postrado el rey rodeado de algunos pocos, y tan débil y tan acabado, que á cada paso temian verlo espirar.

No lejos de allí en otra solitaria habitacion estaba una mujer jóven, hermosa, y cuyo semblante abatido manifestaba el mayor pesar y sobresalto. Era la reina Doña Sibila, cuarta mujer de Don Pedro IV de Aragon. Rodeábanla algunas de sus camareras, y la acompañaban su hermano don Bernardo y los oficiales de su casa don Berenguer de Abella y Bartolomé de Limes, todos en actitud pesarosa y meditabunda. Reinaba en la habitacion el mayor silencio interrumpido solo por algun quejido del rey enfermo, que hasta allí llegaba, causando el oírlo á la reina un estremecimiento nervioso, y aumentando el sobresalto de los demás.

— ¿Qué hace el conde? dijo al fin la reina: ¿cómo no está aquí?

— Señora, respondió Abella, se halla tomando disposiciones para atender á la seguridad de V. A., y procurando adquirir noticias de lo que haya que temer.

— Mas en tanto que Don Juan no se halle aquí, añadió la reina, no debe amenazarme ningun peligro. Yo no tengo ningun enemigo mas que él... y Doña Violante su mujer; y los dos, á Dios gracias, deben hallarse ahora en Gerona.

— ¡Pluguiese al cielo! exclamó don Bernardo.

— Cómo, hermano mio. ¿te se figura que nos amenaza algun riesgo inminente? ¿No está Don Juan muy enfermo en Gerona? ¿Acaso el infante Don Martin?

— Don Juan está en efecto enfermo de gravedad en Gerona y no existe ningun dato para creer que Don Martin su hermano tenga intencion de dañarnos; pero salid y vereis esos salones antes tan concurridos y alegres, cuán tristes y solitarios están ahora. Asomaos al balcon y á pesar de la tempestuosa noche vereis numerosos grupos de hombres que parecen amenazar el palacio, y á los que detiene aun cierto respeto mas bien que el temor de la resistencia que hallarian.

— Dios mio ¿qué será de nosotros?

En este instante entraron á decir á Doña Sibila que el rey la llamaba con instancia. Acudió ella con prontitud y halló al enfermo algun tanto despejado; pero tan postrado de fuerzas que casi le era imposible hacer ningun movimiento.

— Señora, la dijo el rey con voz apagada, pocos momentos deben quedarme de vida y necesito aprovecharlos. Acaso he tratado á mi hijo con demasiada crueldad y despego; vos no habeis tenido la culpa, ya lo sé; pero él la achaca á vos, y todo debeis temerlo de su venganza cuando yo no exista. Evitad su cólera marchando inmediatamente y con buena escolta á Francia ó á Castilla por el condado de Pallas.

— ¡Yo abandonaros en tal situacion!

— Es preciso, lo conozco á mi pesar, y vos tambien debéis conocerlo. Dejadme ahora con mi confesor y disponed lo necesario para vuestra marcha.

Un hombre completamente armado, excepto la cabeza, se presentó en este momento á la puerta de la cámara. Conoció el rey á pesar de su estado.

— Conde de Pallas, le dijo, vos sois un fiel vasallo y respetareis mi voluntad. Os encargo veais por la seguridad de la reina y la acompañeis hasta ponerla en salvo.

Inclinóse el conde y acercándose á Doña Sibila dijo:

— Venid, señora, no hay tiempo que perder.

Y tomándola de la mano la arrastró, mas bien que la condujo, fuera de la cámara.

— Señora, prosiguió el conde luego que hubieron llegado á la habitacion de la reina, es preciso salir al momento de la ciudad. La seguridad de V. A. peligrá si no lo hace así.

— ¿Pues cómo? dijo Doña Sibila, ¿qué hay?

— Los secuaces del duque de Gerona han conmovido la población en términos de que por los numerosos grupos que vagan al rededor de palacio corren las noticias mas absurdas en daño de V. A. Acaso no tarde dos horas en estallar una sedicion. Además el infante Don Martin que hasta ahora se había mantenido neutral, se ha concertado con su hermano, y hay que temerlo todo de esta union. En este momento se verifica en casa del obispo una junta de todos los enemigos de V. A. y por desgracia está demasiado concurrida; de ella han de resultar mayores y mas temibles alborotos; pues yo he necesitado toda la influencia de mi nombre y gerarquía para haber podido transitar las calles y tomar las medidas necesarias para defender el palacio, cuyas puertas están al fin bien guardadas por gentes de mi devocion. Resolved, señora, y contad que la menor tardanza puede sernos perjudicial.

Aterrados quedaron la reina y sus amigos al oír tales noticias. El peligro no podia ser mas urgente; y así en el momento empezaron todos á hacer los preparativos necesarios para el viaje, que tampoco dejaba de ofrecer riesgos de consideracion. Era el primero y mas inmediato el hallar un medio de salir de palacio sin ser sentidos, cosa que debía considerarse como imposible.

atendida la comitiva que debía acompañar á la reina. El conde propuso abrirse camino á viva fuerza; pero este recurso, además de dudoso, tenía el inconveniente de que manifestaría á todos los contrarios de Doña Sibila el camino que esta tomaba, y facilitaría una persecución activa é imposible de burlar. Luego seguía otra dificultad no menor en elegir camino y lugar seguro adonde dirigirse, porque las tropas de los dos infantes no estaban lejos de Barcelona y podían caer sobre ellos si el viaje no se hacía secretamente. Todas estas cosas llenaban de indecisión á los parciales de la reina, y nadie sabía qué resolver.

Casi pensaban ya abandonar su proyecto de fuga, cuando la multitud reunida en la plaza principió á dar muestras positivas de su impaciencia, saliendo de ella algunas voces que pedían ver al rey. El que no lo haya experimentado no puede formarse idea del efecto que causa una muchedumbre alborotada delante de un edificio en las personas contra quien su cólera se dirige, y que se hallan en este edificio. Rara vez dejan de existir medios fáciles de contener la ira popular; pero mas rara vez aun ocurren á los temerosos y sobresaltados, ni tienen sangre fría para ponerlos en práctica.

O el miedo les embarga, y esto es lo mas general, ó la cólera los ciega: en el primer caso nada hacen; en el segundo, hacen demasiado y siempre el resultado es funesto. Esta era cabalmente la situación de Doña Sibila y sus amigos, en tanto que la sedición tomaba incremento. El conde de Pallas á fuer de guerrero quería reunir las guardias de palacio y dar de repente sobre los amotinados.

Don Bernardo Forcia hermano de la reina, mas cortesano que soldado, opinaba lo contrario, y proponía huir á toda costa de palacio; y á estas dos opiniones se arrojaba cada cual según su humor, sin que Doña Sibila estuviese en estado de decir nada.

En esto avisaron al conde de que un hombre, al parecer de baja esfera, pedía verlo con instancia. En semejantes momentos cualquier incidente, por de poca importancia que pareciese, debía llamar la atención, y así mandó que inmediatamente lo hicieran entrar. Hízose así y se presentó en la régia habitación un hombre que era nada menos que el armero que ya conocen los lectores. No suponía él que el conde lo recibiría tan acompañado; por lo que se turbó sobremanera al ver á la reina. Conoció el conde y le dijo:

—Hola, Arnaldo, ¿qué buenas nuevas me traes?

—¡Buenas nuevas, señor conde! Ojalá pudiera traerlas, pero solo vengo á avisaros del peligro que amenaza á...

El armero iba á proseguir cuando levantó la vista y vió el hermoso y pálido semblante de Doña Sibila. Quedóse parado sin atreverse á proseguir; pero la reina que había adivinado lo que calló, y que tenía la natural curiosidad propia del caso, dijo:

—Proseguid, buen hombre y no temáis asustarme.

—Puedes decirlo todo delante de S. A., añadió el conde.

—Pues señor, dijo el armero, la causa de ese alboroto es que se ha extendido la voz de que el rey ha fallecido y se oculta su muerte con malos intentos. Hay entre la multitud muchos emisarios y gente pagada que propagan funestas noticias, é incitan á cometer desafueros. Ultimamente se ha propuesto forzar el palacio si no logran que S. A. el rey se asome al balcón.

—¡Asomarse el rey al balcón en el estado en que está! exclamó la reina, eso es imposible.

—¡Tratan de forzar el palacio! dijo el conde, que vengan y verán el recibimiento que se les hace.

—¡Ah, señor! repuso el armero, si los sublevados fuesen solo gentes del pueblo no dudo que lograríais rechazarlos á muy poca costa; pero no es así: mucha parte de la guarnición está con los amotinados, y además muchos señores han introducido soldados en la ciudad. Los vuestros, aunque fieles, son pocos é incapaces de resistir el ímpetu de los sediciosos.

—¿Qué hacer, pues? dijo el conde con desaliento.

—Si el rey... pudiese, dijo el armero, titubeando (porque á decir verdad tenía él también sus dudas, acerca de la existencia de Don Pedro). El conde lo conoció y armándose entonces de una resolución desesperada dijo al armero:

—Sígueme.

Obedeció el hombre y ambos salieron de la habitación de Doña Sibila, dejando á esta y á los demás sin saber qué pensar de su intento. Un cuarto de hora después volvió á entrar el conde solo, y dirigiéndose á la reina la dijo:

—Venid, señora, á acompañar á vuestro augusto esposo, que accediendo á los deseos de sus fieles vasallos se va á presentar á ellos.

Quedóse Doña Sibila suspensa. El conde la presentó la mano para conducirla á la cámara del rey, y en el camino la dijo muy bajo:

—Es asesinarlo; pero no hay remedio.

Hallaron á Don Pedro levantado ya, envuelto en un gran ropón y sentado en un sitial, al ver á la reina, la dijo:

—Señora, es el último sacrificio que me restaba hacer por vos; vamos, y tú, buen hombre, ves á decir á tus compañeros que su rey vive, y les agradece su buena voluntad.

Retiróse el armero. Acudieron varios criados con hachas de viento, y el rey apoyándose en el conde de Pallas y en Doña Sibila, principió á dirigirse con gran trabajo hacia el balcón. La irritación de la muchedumbre y los gritos tumultuosos habían llegado á su punto. De repente se abrió el balcón, y vió el pueblo presen-

larse en él á un anciano pálido, debilitado y casi sin vida. Al alboroto anterior sucedió un profundo silencio de admiración: todos se descubrieron, y cuando Don Pedro dijo con débil voz: «¿qué me queréis?» se oyeron estas palabras en todos los ángulos de la plaza. Pasado el primer momento resonaron estrepitosos vivas al monarca, que acaso iba á espirar por culpa de los que lo victoreaban, y á poco quedó desocupada la plaza. Apenas hubo entrado el rey en su habitación cuando se desmayó.

Una hora después solo se oía en las calles inmediatas al palacio el acompasado ruido de la lluvia que había arreciado. A media noche Doña Sibila, su hermano, el conde, y todas las demás personas de su comitiva, seguidos de un pelotón de soldados salían de Barcelona. Al amanecer había vuelto á comenzar el tumulto con toda su fuerza, y el pretexto era la huida de la reina.

## III.

1387.

Sérias desavenencias habían mediado entre el rey Don Pedro y su hijo primogénito Don Juan, duque de Gerona, que fomentaban en provecho suyo los distintos bandos en que estaba dividido el reino de Aragón, y de las que el segundo no hubiera salido bien librado sin la poderosa protección del justicia mayor, que aunado con él y fuerte con los grandes privilegios de su cargo, intervino entre padre é hijo, y libró á este de muchas molestias y peligros que debieron sobrevenirle por consecuencia de sus proyectos de rebelión.

Dos mujeres mediaban en estos asuntos y tomaban en ellos parte, que eran Doña Sibila Forcia, cuarta mujer de Don Pedro, y Doña Violante, esposa del duque. La voz pública, que por mas que digan, suele equivocarse muy á menudo, achacaba á la primera la causa de todo, sin mas fundamento que el de su cualidad de madrastra del infante, al paso que la segunda era considerada como una víctima sacrificada á la ambición de la reina, y perseguida por ser esposa del príncipe heredero.

También en esta parte erraba el rumor popular Doña Violante, mas ambiciosa que un cortesano viejo, y mas envidiosa que una solterona, era la que incitaba á su marido á rebelarse, y la que había declarado una guerra á muerte á Doña Sibila, que demasiado imprudente y no poco desvanecida con haber llegado á ser reina, de hija de un caballero particular del Ampurdán, no supo guardarse ni precaver los efectos del odio de su hijastra.

Pocos días después de los acontecimientos referidos, se hallaba en una habitación de su palacio de Gerona el duque don Juan acompañado de su mujer y de otro personaje vestido de negro y ya entrado en años.

El duque, doliente aun de su enfermedad, yacia reostado en un amplísimo sitial, y su rostro y sus movimientos indicaban que de cuando en cuando le aquejaban vivos dolores. Doña Violante sentada al lado de una mesa, no lejos de don Juan, examinaba con atención un voluminoso rollo de pergamino, y dirigía la palabra al personaje vestido de negro.

—Mosen Beltran, dijo Doña Violante, ya sabéis la muerte del rey nuestro augusto padre, acontecida antes de ayer en Barcelona, y aunque este triste acontecimiento nos ha llenado de dolor, exige el deber que atendamos al cuidado de los negocios del reino, y sobre todo, que se satisfaga la vindicta pública ultrajada, y la buena memoria del difunto soberano. Por eso os ha hecho llamar el rey mi esposo para saber con exactitud qué arroja de sí el proceso que de su órden formásteis á Doña Sibila en averiguación de los crímenes que había cometido.

—Señora, respondió mosen Beltran haciendo una cortesía, el proceso se encuentra en un estado muy imperfecto, falto de pruebas, sin audiencia de la acusación, y en una palabra, incapaz de justificar sentencia de ninguna especie.

—Pues ¿cómo así? ¿de qué proviene tal descuido? ¿No son acaso públicos los crímenes de la mujer del difunto rey?

—Si me es lícito hacer á V. A. una observación, diré que, aun suponiendo que la reina madre haya cometido todas las faltas que los rumores populares le han achacado, no basta esa certeza para proceder contra ella si no viene acompañada de pruebas legales; y créame V. A., la mayor parte de los que sin ningún cuidado ni consideración habían públicamente cuanto les ocurre, y saben ó no saben, se abstienen luego de declarar nada en justicia.

—Hasta ahora habrá sucedido así por el temor que inspiraba la tiranía de la culpable; pero de aquí en adelante espero que será otra cosa. Sabed que las tropas del infante Don Martín nuestro hermano han logrado prender á Doña Sibila y á sus secuaces que se habían encerrado en el castillo de San Martín de Zarroca, y que ya deben todos hallarse en Barcelona puestos á buen recaudo. Fué inútil toda su resistencia.

—Pues yo creía, dijo mosen Beltran, que la reina madre y su comitiva se habían entregado voluntariamente al infante protestando su obediencia á los decretos del rey.

—Eso mismo creía yo, dijo Don Juan.

—Pues no es así, gritó con altivez Doña Violante, se han resistido desesperadamente, y solo han cedido á la fuerza. Gracias al cuidado de nuestros fieles vasallos de Barcelona no hacia una hora que habían emprendido su

huida cuando ya iban en su persecución varios pelotones de caballería que los ostigaron hasta encerrarlos en San Martín, donde con la llegada de nuevas tropas de refresco pudieron sitiarnos y rendirlos.

—V. A. debe saberlo mejor que yo.

—Sí, sí, añadió Don Juan, ella ha recibido los despachos.

—Por tanto, prosiguió Doña Violante, es necesario que siga la causa con la mayor actividad. Esa mujer y sus indignos partidarios no se contentaron con abandonar al rey moribundo, sino es que también robaron y saquearon cuanto había de algún valor en el palacio. Tal conducta ha motivado un decreto de mi esposo, despojando de sus bienes á Doña Sibila, á su hermano y al conde de Pallas, que contra mi voluntad han sido agregados á mi patrimonio.

—Toma, dijo el nuevo rey, queriendo vos que se le quitasen, nada mejor podíamos hacer que guardarlos nosotros.

—Pero esta disposición, siguió Doña Violante, no puede tener cumplido efecto hasta que Doña Sibila, convencida en juicio de sus crímenes, dé poder á mis procuradores para que les sean entregados las villas y castillos de su pertenencia. Es, pues, indispensable, mosen Beltran, que os trasladéis á Barcelona, donde en unión con vuestros colegas instruyáis sin demora el proceso, en la inteligencia de que no se trata ya de rumores populares, sino de delitos evidentes y casi demostrados.

—V. A., dijo el cauteloso juez, no olvidará sin embargo, que para dar sentencia en juicio necesitan pruebas legales y la confesión del reo.

—La confesión de los reos, repuso Doña Violante con sonrisa espantosa, se obtiene por los medios que determinan las leyes.

—Qué, señora, exclamó asombrado mosen Beltran, ¿sería posible intentar el tormento?...

—Todos los criminales, respondió con frialdad Doña Violante, deben ser juzgados conforme á derecho. Retiraos, y antes de marchar recibireis instrucciones.

Obedeció mosen Beltran saliendo de la habitación confuso y aterrado. Doña Violante dijo volviéndose al rey:

—Este hombre es un imbécil que no entiende lo que se le dice, ó un pícaro que no lo quiere entender.

—No, replicó el rey, es muy hombre de bien, y el único que se atrevió á formar causa á mi madrastra en vida de mi padre.

—No importa, es un mentecato que yo vigilaré.

Dió la reina una palmada y se presentaron varios criados.

—¿Necesitais descansar?

—Sí, contestó Don Juan, me siento muy debilitado.

—Pues bien, añadió la reina, dirigiéndose á los criados. Llevad al rey á su cámara.

Hízose así en efecto, y entróse Don Juan apoyado en los hombros de los dos criados. Apenas hubo desaparecido, dijo Doña Violante á otro:

—Busca al judío Zacarías y dile que quiero verle al instante.

Quedó sola la reina apoyada en la mesa y reflexionando profundamente. Había en su rostro un no sé qué de infernal que presagiaba muerte y exterminio.

## IV.

Había por los años á que se refiere nuestra historia en el arrabal de Barcelona una calle llamada de Orbs, y en ella una torre de forma grosera y aspecto sombrío, que mas bien parecía un montón de piedras colocadas sin órden ni idea, que un monumento arquitectónico. La angostura de sus troneras diminutas y mezquinas en comparación de su enorme masa y otros accidentes de pequeña monta, pero de grande apariencia, aumentaban el terror que naturalmente debía inspirar un edificio destinado para prisión, y que contenía dentro de sus muros cuantos medios judiciales usaba la horrible práctica de aquellos tiempos.

La mejor habitación de la torre de Denbives (así era llamada), mejor, no por menos oscura ni triste que las demás, sino por mas espaciosa y menos húmeda, estaba convertida el día 24 de enero de 1387 en tribunal, sin que á los naturales adornos de sus pardas paredes y desigual suelo, se hubiese añadido otro que el de una mesa con crucifijo, luces y tintero y algunos siales en derredor de ella. En medio de la habitación había un banco de madera fijo sin espaldas que completaba su amueblamiento; no habiendo tampoco fuego alguno que templase el rigor de la temperatura en tan fría estación.

Serian como las diez de la mañana cuando ocuparon la mesa cinco jueces vestidos de un modo que tenía bastante analogía con el de los clérigos modernos, siendo uno de ellos, y haciendo de presidente mosen Beltran, á quien ya conocen los lectores. Tras los jueces entraron dos notarios, y tomaron la puerta varios guardias con el carcelero á la cabeza.

—Señores, dijo mosen Beltran á sus colegas; el consejo de S. A. me ha enviado copia de una declaración prestada ante él por un judío llamado Zacarías, y que tiene relación con el proceso que nos ocupa: es de tal gravedad que debe verificarse por todos los medios imaginables, y por tanto he mandado venir al dicho judío para que sea examinado en vuestra presencia, y si há lugar, confrontado con la acusada.

(Se continuará.)

## Defensa de Paris.

OBRAS DE INUNDACION.

Al principio de la invasion é inmediatamente despues de los primeros desastres, cuando mandaron emprender la obra de la defensa de Paris, el comandante de ingenieros M. Charon, encargado de la plaza de Saint Denis, hizo ejecutar trabajos considerables.

Entre ellos el mas importante consistia en la inundacion de los fuertes de la Briche, de la Double Couronne y del Est, reunidos entre sí desde el Sena hasta el canal de Saint-Denis, cerca de Aubervilliers, por unos fosos que tienen juntos un desarrollo de mas de seis kilómetros.

Esta obra extraordinaria podia ejecutarse de dos modos, á saber:

1º Por el desagüe natural, esto es, practicando una cortadura en el canal de Saint-Denis que está alimentado por el canal del Ourcq.

2º Por la elevacion artificial del agua del Sena tomada enfrente del bastion número 6, del fuerte de la Briche, á 8 metros del plano de agua superior en los fosos.

Pronto hubo que renunciar al primer medio, primero, porque el canal del Ourcq estaba obstruido con los restos del puente de Meaux, que se habia volado al acercarse los prusianos, y despues porque el enemigo habia cortado ese principal medio de alimentacion del servicio de las aguas de Paris.

Era preciso, pues, habilitar un material de máquinas y de bombas de una instalacion sencilla y fácil que pudieran elevar unos 40,000 metros cúbicos de agua por dia á una altura de 8 metros.

La casa Neut y Dumont, que se ocupa especialmente de operaciones de esta clase, fué encargada de tan importante trabajo, y gracias á su experiencia y á su actividad, en menos de cuarenta y ocho horas cinco máquinas locomovibles con sus bombas y accesorios quedaron instaladas y se pusieron en movimiento.

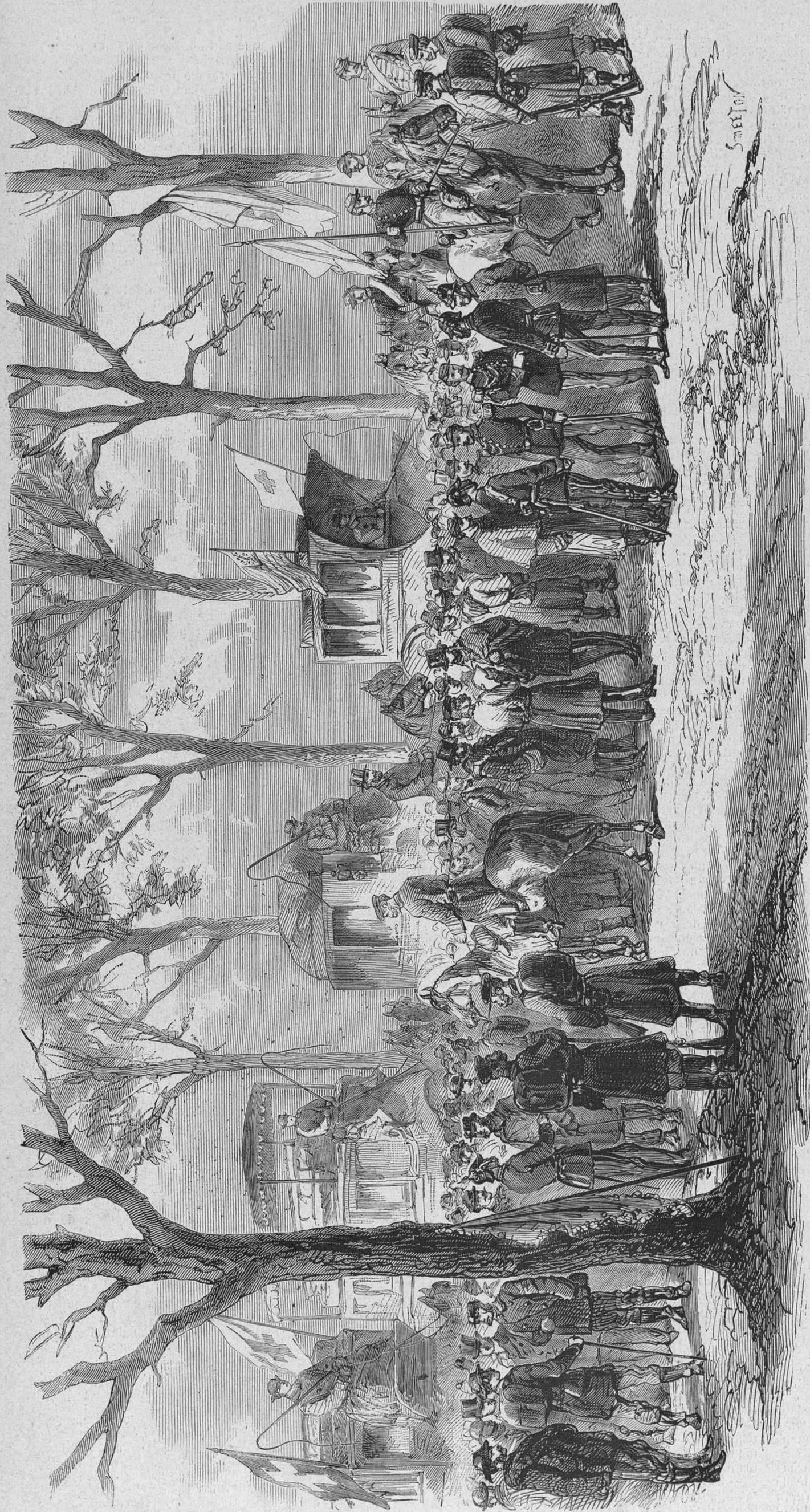
Desde entonces se han elevado así mas de tres millones de metros cúbicos de agua en los fosos de Saint-Denis, donde el agua tiene en ciertos sitios una altura de mas de 5 metros.

Terminado este trabajo, era importante no dejar que disminuyera el nivel del agua á consecuencia de las pérdidas procedentes de las filtraciones por los diques y otras obras de tierra. Las máquinas que mantienen este nivel en su máximum se hallan amparadas de los proyectiles enemigos, por un levantamiento de tierra considerable.

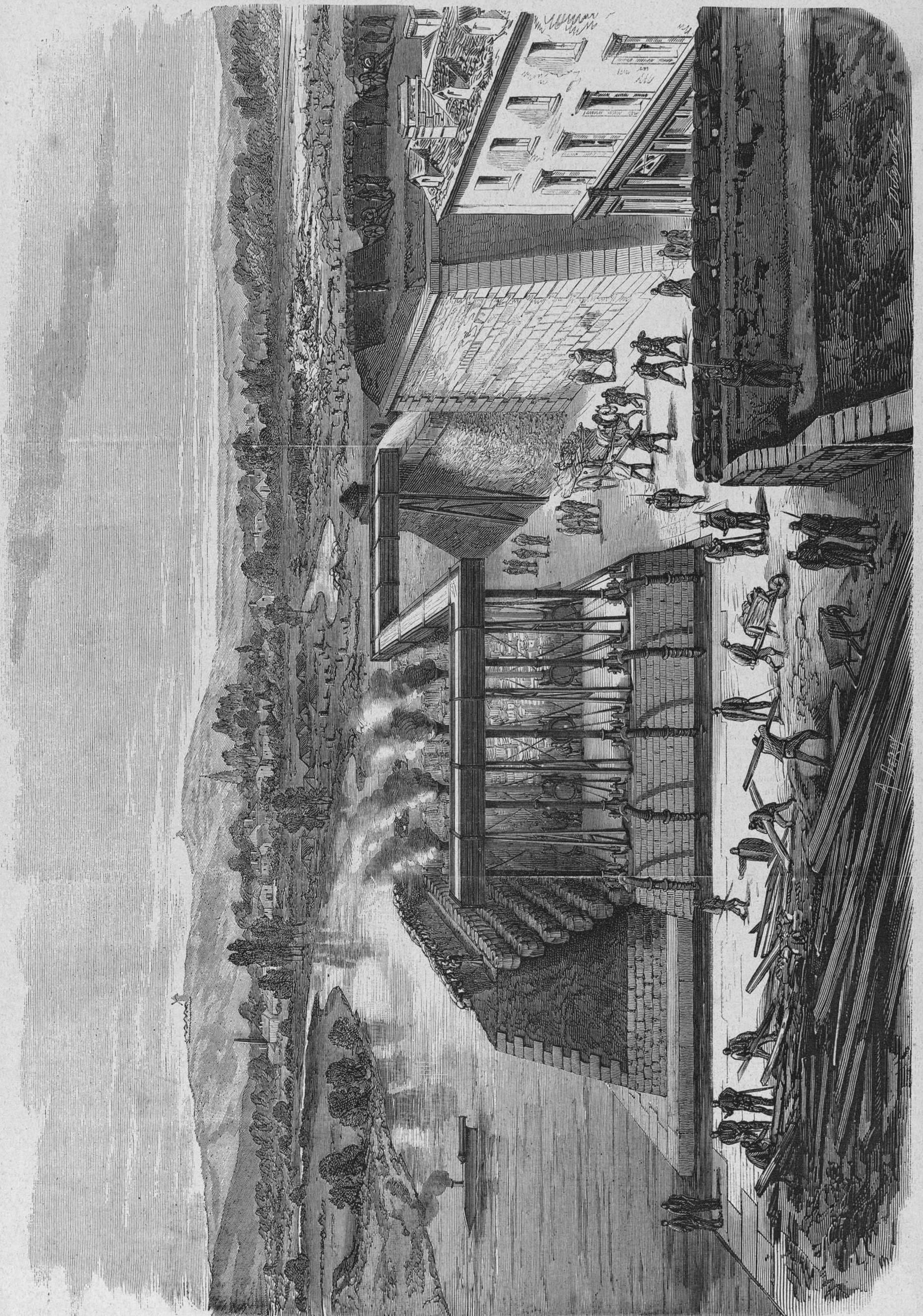
No hay duda que esta obra es una de las mas importantes que se han ejecutado. Completa admirablemente la defensa general de Saint-Denis, cuya llanura por el lado de Stains está tambien inundada sobre una extension de algunos kilómetros, por un atajo del riachuelo Crould. Esta plaza se halla, pues, defendida de un modo formidable, y ninguna tentativa del enemigo es de temer por ese lado.

Por los mismos medios se ha inundado la plaza de Lille antes del bloqueo.

MM. Neut y Dumont su-



SITIO DE PARIS. — Llegada á las avanzadas prusianas de los ingleses, americanos y suizos que salen de Paris.



DEFENSA DE PARIS. — Instalación de las bombas Neut y Dumont en el fuerte de la Briche, para inundar los aproches de la plaza de Saint-Denis.

ministraron la instalación de un material de bombas que pueden elevar 1,600 litros de agua por segundo. El agua viene del canal de Aire en la Bassée, en Cuinchy, cerca de Bethune, y pasa al Deule que á su vez desagua en los fosos de la plaza de Lille.  
P. P.

### Revista de Paris.

M. de Bismark nos ha hecho esta semana una galantería que si no merece una profunda gratitud ni nada que se le parezca, merece sí toda la publicidad que el gobierno de la defensa nacional la ha prodigado. Ha sido un número del *Moniteur Officiel* del departamento de Sena y Oise, periódico político cotidiano impreso por requisición, que es, como si dijéramos á la fuerza, en la imprenta de M. Beau en Versalles, y que el gobierno de Paris ha reproducido intacto en el *Journal Officiel*, con el fin de que los parisienses sepan adónde llegan las tendencias y las aspiraciones de los implacables enemigos de la Francia.

Nada más instructivo, á la verdad, que la lectura del órgano oficial del rey Guillermo. Una de las singularidades de esta guerra, en la que aparecen tantas cosas nuevas y notables, será ciertamente el modo de proceder de los prusianos en las ciudades de que se apoderan, sea por la fuerza como en Estrasburgo, sea sin resistencia, como en otras que no deben nombrarse. Después de hacer las requisiciones de combustible, de víveres y dinero, siempre en desproporción con los recursos locales, establecen una autoridad con todas las formas legales y con arreglo á la organización administrativa francesa, suprimen toda la prensa periódica y fundan un diario oficial encargado de difundir en el público sus providencias gubernativas y las noticias de la guerra, que naturalmente son siempre favorables á sus armas. La idea es demostrar que en el territorio invadido se disfruta de una paz octaviana, en tanto que en las demás partes de Francia reinan libremente el desorden, la guerra civil, la anarquía y la república roja.

Sentados estos preliminares que explican brevemente cómo y por qué los invasores consagran una atención particular á la fundación de estos diarios, vamos á echar una ojeada al número del *Moniteur* de Versalles, pues no sin intención ha traspasado las líneas prusianas.

La parte oficial viene encabezada con un decreto del prefecto de Sena y Oise, M. de Brauchitsch, que denota una solicitud muy singular en tiempo de guerra, y es la de que se abran inmediatamente las escuelas en todas partes, á fin de que ni un momento se prive á la nación de la enseñanza primaria. ¿Qué diría el mundo civilizado si mientras los prusianos esquilmán á los pueblos á fuerza de requisiciones de toda clase; se viesen las escuelas cerradas? La mancha que caería sobre la Alemania sería eterna; sería un oprobio que hubiera escaseado el pan intelectual á falta del otro que en los lugares invadidos escasea tanto.

Pero ¿habrá maestros y habrá discípulos en esos lugares? Según nuestras noticias, que alcanzan á muchos pueblos del departamento que administra M. de Brauchitsch por la gracia particular del rey Guillermo, las casas están vacías de sus habitantes y ocupadas por los invasores; las poblaciones emigraron en masa á la aproximación del enemigo, y apenas en algunos quedó la autoridad municipal á fin de cuidar en lo posible de los intereses de sus administrados. Así es que, en resumen, la providencia á que nos referimos podrá tener aplicación en Versalles ó en otros puntos de análoga importancia; pero en la inmensa mayoría de las localidades del departamento es de temer que el celo prefectoral no produzca resultado alguno.

A continuación de este decreto paternal en favor de la infancia, el diario del rey Guillermo inserta otro documento de distinto interés, el cual sin duda alguna nos ha valido el singular favor de poder leer una vez más la prosa francesa del gobierno prusiano. Es una circular dirigida á los embajadores de la Confederación de la Alemania del Norte por el canciller federal, conde de Bismark sobre sus entrevistas con M. Thiers en Versalles, fechada el 8 de noviembre.

Con gran atención ha leído Paris este documento, en el cual el conde de Bismark explica las razones que le han movido á rechazar el armisticio propuesto por las cuatro potencias Rusia, Inglaterra, Austria é Italia, razones que, bien examinadas, se reducen á una sola, la de que el canciller federal se ha propuesto, como saben nuestros lectores, matarnos por hambre, y el armisticio en cuestión nos habría alargado la vida tres ó cuatro semanas.

Naturalmente el conde de Bismark expone los hechos á su modo y aparece como el humilde servidor de un rey deseoso de dar el primer paso en favor de la paz, según nos declara con esas mismas palabras.

Las desventajas del armisticio eran grandes para la Prusia, dice M. de Bismark, porque las tropas alemanas que han quedado disponibles por la capitulación de Metz se verían reducidas á la inmovilidad, siendo así que en otro caso

pueden extenderse á su antojo por todo el territorio; en tanto que la Francia, á favor de la suspensión de hostilidades podría desarrollar sus propios recursos y oponer después cuerpos de tropas capaces de hacer una resistencia formal.

Sin embargo, la humanidad ante todo, el rey Guillermo desea la paz, y por lo tanto M. de Bismark recibió autorización para tratar con M. Thiers la cuestión de un armisticio de 25 ó de 28 días, á fin de que la Francia pudiera proceder libremente á la elección de una asamblea nacional que decidiese sobre la paz ó la guerra.

Grande fué la sorpresa del canciller federal cuando M. Thiers expuso como condición del armisticio la facultad concedida á Paris de abastecerse en *grande escala*.

Era una exigencia increíble que habria hecho perder á los alemanes todo el fruto de los esfuerzos que vienen haciendo en los dos últimos meses, todas las ventajas adquiridas; y por lo tanto M. de Bismark sacó en conclusión que no se buscaba otra cosa sino un pretexto para que la Francia no constituya una asamblea soberana.

Tal es la sustancia del documento diplomático á que nos referimos, el cual debe probar á la Europa que las paternales intenciones del rey Guillermo se han estrellado contra la firme resolución del gobierno de Paris, que no se propone otra cosa sino suscitar obstáculos insuperables para el restablecimiento de la paz entre las dos naciones.

Una omisión notable encontramos en la circular de M. de Bismark.

Es sabido que el armisticio, según anunció el gobierno francés, habia sido propuesto á los beligerantes por las potencias neutras. Ahora bien, M. de Bismark no da semejante origen á las negociaciones, sino que por el contrario, manifiesta en la primera frase de su despacho que M. Thiers deseaba pasar al cuartel general á fin de negociar. Vemos pues, que toda intervención extranjera desaparece, y que solo está en juego el hombre eminente que podia aspirar á la más honrosa recepción en el cuartel general del rey Guillermo.

M. Jules Favre ha contestado al canciller federal, y sin gran trabajo ha restablecido la exactitud en la historia de estas negociaciones.

Tratando del papel que en ella representan las potencias neutras, señala los despachos telegráficos que han dirigido al gobierno prusiano, y alude á condiciones de armisticio mencionadas amistosamente, así como cita también un largo párrafo de un despacho de lord Granville al embajador de Inglaterra en la corte del rey de Prusia y un consejo conciliador del emperador de Rusia.

El lenguaje del ministro inglés no puede ser más claro y esplicito.

Hablando de la continuación del sitio y de la eventualidad de la toma de Paris, el jefe del Foreign Office escribía estas palabras á lord Loftus:

«No estará fuera de razón poner en la balanza las ventajas y desventajas que acompañan á un hecho semejante, y las desventajas interesan de tal modo á la humanidad que el gobierno de la reina se cree en la obligación de señalarlas al rey y á sus ministros. El recuerdo amargo de los tres últimos meses puede borrarse un día por el tiempo y por el sentimiento de la bizarría del enemigo en los campos de batalla; pero hay grados en la amargura; y se aumentará considerablemente la probabilidad de una guerra nueva é irreconciliable, si toda una generación de franceses tiene á la vista el espectáculo de la destrucción de una capital, acompañada de la muerte de personas sin armas, y de la destrucción de tesoros de arte y de ciencia, de recuerdos históricos de un valor inestimable, imposibles de reemplazar. Semejante catástrofe será terrible para Francia y peligrosa para la futura paz de Europa, y el gobierno de la reina cree que para nadie será más penosa que para la Alemania y sus príncipes.

»El gobierno francés ha declinado las negociaciones de paz desde la entrevista de Bismark y de M. Jules Favre; pero el gobierno de la reina ha tomado á su cargo el insistir cerca del gobierno provisional para que consienta en un armisticio que podria conducir á la convocatoria de una Asamblea constituyente y al restablecimiento de la paz. El gobierno de la reina no ha omitido hacer sentir en Paris la necesidad de hacer todas las concesiones compatibles en la situación actual con el honor de la Francia; y aunque no se crea autorizado á afirmarlo, piensa que sus representaciones no habrán sido vanas. Dos causas morales han favorecido en esta guerra al inmenso poder material de los alemanes: han combatido para rechazar la invasión extranjera y para afirmar el derecho que tiene toda gran nación de constituirse del modo más propio para desenvolver sus aptitudes. La gloria de sus esfuerzos se realzará si puede decir la historia que el rey ha agotado todos los medios para restablecer la paz y que las condiciones de paz eran justas, moderadas, en armonía con la política y los sentimientos de nuestra época.»

Sin gran esfuerzo demuestra M. Jules Favre, después de esta oportuna reproducción del despacho inglés, que las potencias interventoras entendían que el armisticio se concluyera en los términos del derecho común, esto es, con un abastecimiento proporcionado á su duración; y más aun, tácitamente, así lo habia comprendido la Prusia. No de otro modo, en verdad, se concibe que se entablaran las negociaciones.

¿En qué consiste, pues, que llegado el momento todo se deshizo? M. Jules Favre piensa que la rendición de Metz y la funesta jornada del 31 de octubre, cambiaron las disposiciones de los prusianos y de repente fracasó el proyecto.

En cuanto á la acusación de que el gobierno de Paris no quiere la Asamblea nacional, ni la paz, es más infundada todavía.

Los hombres que constituyen el gobierno de la defensa nacional fueron siempre opuestos á la guerra, y á la caída del imperio se apresuraron á ofrecer la paz en la memorable entrevista de Ferrieres, contribuyendo á ella con justos sacrificios.

«Quisieron imponernos los que no podíamos aceptar, dice M. Jules Favre, y la Prusia continuó la lucha, no ya para defender su territorio, sino para conquistar el nuestro. En muchos de nuestros departamentos ha sembrado la desolación y la muerte; asedia hace dos meses nuestra capital amenazándola con el bombardeo y el hambre, y para coronar ese sistema científico de violencia nos convida á reunir una Asamblea, elegida en parte en sus campamentos, y llamada á discutir pacíficamente cuando resuena el cañon de las batallas.»

No, no; el gobierno rechaza tales combinaciones, porque le condenarían á interrumpir la defensa, única esperanza de salvación para la Francia.

Todo el país protesta contra esa idea. En lugar de votar, los hombres se arman y alcanzan victorias como la de Orleans, que tan gloriosamente inaugura el segundo periodo de la guerra.

Por último, M. Jules Favre concluye su refutación contestando á la especie de que el gobierno francés habia buscado la intervención de las potencias neutras, pareciendo prestarse á una negociación que en realidad no aceptaría nunca. La contestación es contundente: el ministro de Negocios extranjeros dice que en esta hora suprema está dispuesto á someterse al fallo de aquellos cuya voz benévola no ha sido escuchada, bien seguro de que no le darán jamás un consejo de desfallecimiento.

Está, pues, orillada la cuestión de armisticio, y esperamos que por ahora lo está definitivamente.

Con efecto, la guerra actual entra, como hemos dicho, en un nuevo periodo; y si por una parte los prusianos se obstinan en continuarla contra toda razón y toda justicia, después de las solemnes promesas del rey Guillermo de que hacia la guerra al imperio y no á la nación, por otra el pueblo francés aprovecha el tiempo y da por fin señales de vida. La guerra imperial concluyó ya: la guerra nacional comienza.

Paris con las noticias que recibe de los departamentos se muestra más decidido que nunca, y así como hasta hoy se ha resignado á sufrir las privaciones del sitio, ahora espera con resolución el cumplimiento de las amenazas de su enemigo.

Dos meses y medio han pasado los prusianos en la inacción estableciéndose, fortificándose, armando baterías que siempre que han estado á la vista han sido destruidas por los cañones de los fuertes.

Sin embargo, dicen que todavía los preparativos no están hechos completamente; que faltan aun cañones y municiones y que á su llegada comenzará el ataque á los fuertes y el bombardeo.

Los defensores de Paris esperan el ataque, si es que antes no le emprenden ellos, lo que podria muy bien suceder, según los rumores que circulan. Pero en este punto debemos ser cautos, y no decir sino lo menos posible.

No nos está encomendada igual reserva en lo que toca al movimiento de las provincias, y por lo tanto concluiremos la revista de la semana, consignando aquí las noticias oficiales publicadas el 24 de noviembre.

En primer lugar reina en Francia el orden más completo; mal que le pese al diario de M. de Bismark, que pinta al país en la anarquía y en el desorden.

Las cifras de los ejércitos nacionales han crecido prodigiosamente.

Además de los 200,000 hombres que están en el Loira, escribe M. Gambetta á M. Jules Favre, y cuyo punto culminante es Orleans, el 1º de diciembre habrá un nuevo ejército perfectamente organizado que contará 100,000 hombres; luego habrá también 200,000 guardias movilizadas dispuestos al combate.

Los preparativos de defensa se prosiguen en todo el país con gran actividad y en grande escala.

La Europa demuestra tanta simpatía como sorpresa ante el triunfo de Orleans y la organización de la resistencia en toda Francia.

Finalmente, para complemento de estas buenas noticias, M. Gambetta añade que, salvo algunas excepciones, nadie habla ya de elecciones ni de armisticio, habiendo visto la mala fe de los prusianos en la cuestión del abastecimiento de Paris. Por fin se empieza á comprender que una nación de 38 millones de habitantes en la que abundan los recursos de toda especie, no puede ni debe ceder ante una invasión de 500,000 alemanes. Que este convencimiento sea general es lo que se necesita para asegurar la salvación de la Francia.

Poesía.

A UNA INGRATA.

Vuelve el abrasado estío  
Con sus tormentas y rayos,  
Como débiles ensayos  
De horrendo juicio final.

Y derrama largos días  
Sobre opulentas ciudades,  
En que ostentan las bellidades  
Su rico lujo oriental.

Vuelve el invierno sañudo  
Con su lluvia y su granizo,  
Y bajo el techo pajizo  
Abriga al místico pastor.

Y en bordados almohadones  
Reclinadas las hermosas,  
Ven sus noches tenebrosas  
Entre el juego y el amor.

Vuelven los siglos pasados  
(Que vieron pasados ojos)  
A recoger sus despojos,  
En esta generacion.

Vuelven sus trovas y fiestas  
Y sus valientes caudillos  
Y sus puentes con rastrillos  
Que crugén a la oracion.

Vuelve á abrasar el volcán  
Que miró tranquilamente  
Palacios en su pendiente,  
Y al hombre en su cavidad.

Y al huir del fuego el hombre,  
La muerte sus ojos cierra;  
Y vuelve el cuerpo á la tierra  
Y el alma á la eternidad.

Torna la mar á sus bordes,  
Arrebatando en su fuga  
A la indolente tortuga,  
Y al sorprendido rubí.

Torna el insecto á la vida,  
Torna la voz al oído;  
Y al corazón un gemido;  
Que quiso lanzar de sí.

Vuelve á brotar el capullo  
Entre la verde espesura;  
Y se agosta su hermosura,  
Tornando á su amarillez.

Arroja el mar á los cielos  
Parda niebla trasparente;  
Y en espumoso torrente  
Vuelve á la mar otra vez.

Vuelve el rocío, y la aurora,  
Y en pos el astro del día,  
Vuelve la luna sombría;  
Vuelve la noche detrás.

Vuelve todo en este mundo  
Con movimiento agitado;  
Solo tu amor ha pasado  
Para no volver jamás.

Los hijos de Carlomagno.

(Continuacion.)

Un grito de horror resonó por todo el salón, y mil lanzas, espadas y puñales brillaron ante los ojos de Alduin, que permaneció inmóvil. El conde aterrizado por el terrible golpe que acababa de descargar sobre su sobrino intentó retirarse; pero Alduin, dirigiéndose únicamente á su odioso rival, como el leopardo á la presa que ha elegido entre mil, y rompiendo con los furibundos golpes de su arma poderosa los apiñados aceros que le rodeaban penetró hasta Varncher, y le sepultó la espada en el pecho hasta la empuñadura. En aquel mismo instante sucumbió Alduin á la violencia de los repetidos fendientes de los aceros de los oficiales y de los guardias.

Luego que hubo llegado la noche, se abrieron las puertas de Aix-la-Chapelle y entró Luis que venia á tomar posesion del imperio.

Era Luis un príncipe de mediana estatura, ojos penetrantes, nariz larga y recta, anchas espaldas y brazos nerviosos. Estaba sumamente versado en las lenguas griega y latina é interpretaba perfectamente el sentido místico de los libros sagrados. Era de una constitucion robusta, ágil, infatigable. Mostraba mucho discernimiento en sus actos, si bien se entregaba demasiado á sus consejeros, porque le gustaba pasar casi todo el día rezando los santos oficios y recitando salmos. Todos los días se le veía en la iglesia orando, arrodillado, besar el suelo y derramar lágrimas de compuncion. Era liberal en extremo, de carácter serio, y amaba tanto la vida contemplativa, que habia pensado meterse monje á imitacion de su abuelo Carlomagno.

Los hermanos de Luis, los señores francos, los oficiales de palacio, los soldados y el pueblo se agruparon en derredor del nuevo emperador; su entrada en palacio fué un verdadero triunfo, y era tal la influencia del gran nombre de Carlomagno, que todos los que habian reconocido su poder, juraron espontáneamente á su hijo paz y fidelidad.

Mas Luis, al recibir los homenajes de la ilustre concurrencia, se mostraba inquieto y con sus miradas impacientes parecia buscar en torno suyo algun objeto que no podia descubrir: dirigiéndose por último á uno de los nobles que á su lado estaban:

— ¿Cómo, dijo, no parecen á mi vista el conde Varncher y mi querido Lambert? ¿por qué causa no se presentan á recibirme?

El noble á quien se dirigia esta pregunta bajó los ojos sin saber qué responder.

— Conde Guaramond, vuestro silencio me inquieta, replicó el emperador; ¿dónde están? hablad, yo os lo mando.

— Señor... han muerto.

— ¡Han muerto! exclamó Luis pálido y acongojado.

— Han sido asesinados por el conde Alduin, continuó Guaramond. En cumplimiento de vuestras órdenes, Varncher citó á su presencia á todos aquellos de quienes se sospechaba alimentar culpables esperanzas. Alduin y Julio fueron hallados en el cuarto de las princesas Gisela y Berengela, y conducidos ante Varncher. Alduin, no contento con dirigir al conde toda clase de ultrajes, desnudó su acero, y antes que pudiésemos detenerle, el tío y el sobrino fueron mortalmente heridos.

— ¿Y no habeis podido evitar que un solo hombre asesinase á mi fiel Varncher y á su sobrino Lambert, mi hijo adoptivo? ¡Cobardes! ¿Dónde está el asesino?

— Señor, las dos víctimas han sido vengadas en el acto; apenas el furioso Alduin habia descargado los dos funestos golpes, cuando cayó exánime á la violencia de nuestros fendientes.

— ¡Pero aun vive el cómplice de ese miserable! Conducidme al punto á mi presencia.

Pasados algunos instantes, el galo-romano, que habia sido aprisionado por los vengadores del joven Lambert y del conde, se presentó melancólico y cargado de cadenas; al llegar adonde estaba Luis dobló la rodilla.

— ¡Tú y el bárbaro Alduin, gritó el emperador, habeis creído expiar un crimen por medio de un asesinato! ¡Ni la juventud de Lambert ni la sabiduria y piedad de Varncher han sido bastantes á contener vuestro furor!

— Señor, respondió Julio con indignacion comprimida por el respeto, yo lamento como vos estas muertes y Dios es testigo de que si hubiera podido impedir las no tendriais que deplorarlas. No obstante, sostengo que Alduin no ha cometido un asesinato. Llamado é interrogado por su rival Varncher, que pretendia tambien, aunque sin fruto, la mano de la princesa Gisela, declaró que estaba desposado secretamente con la princesa. Despues de una viva discusion por una y otra parte, en la que Varncher le amenazó con la degradacion y el último suplicio, Alduin desafió al conde, que rehusó cobardemente esta proposicion. Entonces mi desgraciado amigo desnudó su acero y diciendo al conde que se defendiese le arremetió impetuoso: Lambert recibió el golpe, y poco despues cayó sin vida Varncher.

— Julio, he oido sin interrumpirte la apologia que acabas de hacer de un infame asesinato. Ahora responde á los cargos que te se hacen.

— ¿Tienen estos cargos relaciones con las princesas? porque entonces á vos solo podré responder.

— ¿Quién te ha hecho árbitro de lo que conviene ó no al honor de mi familia? Yo quiero que hables delante de todos, porque si mis hermanas se han desviado de la senda del honor, quiero que se avergüencen á la faz del mundo, y si la falta ha sido secreta, el castigo debe ser público. Habla pues: yo lo ordeno.

— Preguntad, respondió el galo-romano, en cuyos ojos brilló una noble resolucion.

— ¿Desde cuándo mantienes relaciones con Berengela?

— La princesa Berengela tenia quince años, cuando el emperador Carlomagno la contó á mis cuidados: dos años ha que la enseño el idioma griego y el latino.

— ¿Y tú has abusado de la confianza de tu soberano para seducir y deshonorar su hija?

— ¿La princesa Berengela aparece pura á los ojos de Dios, y no lo estará á los de los hombres?

— ¿Afirmáis, pues, no haber tenido con ella relaciones criminales?

— Lo afirmo.

— Luego los que os han acusado de seduccion han mentido, os han calumniado? replicó Luis.

— Sí, señor; lo juro sobre esta cruz, gritó Julio poniendo su mano sobre el crucifijo colocado en el trono del emperador.

— ¿Y jurarás tambien sobre los santos evangelios no volver á ver á Berengela? continuó Luis fijando sus penetrantes miradas en el galo-romano.

La respuesta de Julio debia ser decisiva; no lo ignoraba, y vaciló un instante entre la certeza de sustraer á la princesa á la severidad del emperador y al desprecio de la corte, y entre la necesidad de renunciar á ella para siempre: mas no dudando que la declaracion del matrimonio secreto, en la disposicion en que á la sazón se hallaba el emperador hubiese sido muy funesta, aceptó el terrible sacrificio.

— El emperador Carlomagno, pronunció Julio con voz conmovida, me encargó cultivar el talento de su hija y le he obedecido: el emperador Luis me manda que cese en mi cargo y que me separe de mi discípula; tambien sabré obedecerle.

— Júralo, pues, sobre esta Biblia, replicó Luis sacando el libro santo que consigo llevaba.

Una oscura nube cubrió los ojos de Julio, vaciló un instante; pero armándose de valor, pronunció con voz firme la fórmula fatal.

— Señores, dijo el emperador con un acento que indicaba su conviccion y dirigiéndose á la asamblea, ya nadie podrá dudar de la inocencia de Berengela; yo juro sobre el antiguo y el nuevo testamento que mandaré arrancar la lengua del que en adelante se atreva á herir el honor de la princesa: Julio, estás absuelto sobre este asunto; solo te resta probar que no has tenido parte en el asesinato de Varncher y de su sobrino; mañana se presentarán los testigos. Guardias, conducid á Julio á su prision.

Mientras sucedian estas cosas las dos princesas continuaban en su estancia sumamente inquietas por la suerte de sus esposos. La misma Gisela, á pesar del valor varonil de su carácter, no podia rechazar los funestos presentimientos que atormentaban su imaginacion; abrazaba convulsivamente á su hijo Enrique y turbada por las angustias y temores de Berengela, apenas podia persuadirse mitigase el dolor que la dominaba.

No pudiendo permanecer mas tiempo en la incertidumbre y aprovechando un instante de descuido de los guardias que á la puerta de su habitacion habian colocado desde la salida de Julio y Alduin, se deslizaron con el joven Enrique, y cubiertas con espesos velos, se confundieron entre la multitud, que habia concurrido al espectáculo de la instalacion del emperador Luis.

« Julio acaba de obtener su perdon » oyeron al pasar junto á un grupo; y deteniéndose escucharon con atencion.

— ¡Su perdon! respondió otra voz, quizá mañana no descansen su cabeza sobre sus hombros. En cuanto á Alduin...

Berengela lanzó un grito y abandonando á su hermana, que al oír el nombre de Alduin permanecia inmóvil, se abalanza hácia un peristilo iluminado por un gran número de antorchas, penetra por las numerosas hileras de guardias que al conocer á la hermana del emperador se apartan respetuosos y con paso precipitado llega á la entrada imperial, dobla la rodilla sin aliento y en una mortal agitacion cae ante el trono de su hermano.

No se le ocultó al príncipe Luis el motivo que conducia á su hermana á su presencia. Su frente se contrajo con violencia y en su semblante sellóse una expresion de indignacion y de amenaza, que infundió gran pavor en todos los circunstantes. No obstante su piedad, una mentira, un perjurio impió le irritaba mas que ningun crimen y el imprudente paso de su hermana le parecia una protesta pública contra las declaraciones de Julio y del juramento que acababa de prestar sobre el evangelio. No obstante, queriendo evitar declaraciones que podian causar grande escándalo:

— Nadie os ha llamado aquí, Berengela, la dijo, volved á vuestra estancia.

— Amado hermano, exclamó la joven Berengela, en nombre del cielo, conceded la vida á Julio; es inocente, sagrados son los lazos que nos unen, un sacerdote los ha bendecido, Julio es mi esposo á los ojos de Dios, volvedme ó arrancadme la vida.

Los ojos de Luis brillaron de indignacion al oír estas palabras.

(Se continuará.)

La defensa de Paris.

LOS CAÑONES.

¡Cañones! Hé aquí el grito que resuena mañana y tarde, sin que nos sorprenda, puesto que el general Trochu en la carta que dirigía al alcalde de Paris sobre los voluntarios de la guardia nacional, confiesa altamente que la fundición de nuevos cañones es la condicion indispensable para el triunfo.

La declaracion del gobernador de Paris nos da derecho para expresar nuestro sincero sentimiento de que se haya tardado tanto en examinar, discutir y preparar un trabajo que desde el 4 de setiembre debia ser el objeto mas importante de la defensa.

Se ha perdido un tiempo precioso en cuestiones de atribuciones de poderes y en polémicas relativas a la eleccion de los modelos que debian adoptarse. ¿A quién correspondia la decision en cuestiones tan complejas? El gobierno de la defensa nacional, el comité de defensa de Paris, el ministerio de la Guerra, el ministerio de Obras públicas y el comité de artilleria, representaban cinco autoridades directas que han debido neutralizarse en vez de ayudarse en la organizacion de la obra.

Verdad es que la incertidumbre y la indecision en la victoria no son de ayer. Las rivalidades de opiniones remontan a la época en que se hicieron comparativamente en el campamento de Chalons los experimentos de los cañones rayados franceses y de los cañones de acero de Inglaterra y de Prusia. La prueba fué decisiva, y todos los periódicos ingleses y prusianos la anunciaron estrepitosamente. Los oficiales superiores que dirigieron las experiencias consignaron los resultados obtenidos en un informe que se tradujo en Inglaterra y en Prusia. Cada uno de los elementos de aquel informe probaba que en velocidad, alcance, solidez, tension de la trayectoria y economía, los cañones rayados franceses eran inferiores a los de acero. ¿Por qué, pues, no se cambió el arma de la artilleria francesa como se habia cambiado el fusil de la infanteria? Fué lisa y llanamente, porque abandonar el cañon rayado habria sido menospreciar la invencion que se atribuia el emperador, y a fin de no chocar con la voluntad imperial dejaron pasar desapercibidos los progresos de la Inglaterra y de la Prusia. Así sucedió que se emprendió la guerra con el cañon rayado, teniendo gran confianza en el chassépot y la ametralladora... ¡Los resultados están a la vista!...

Hoy la necesidad de rehacer y reorganizar todas las cosas ha venido a multiplicar las dificultades, las cuales, que eran ya grandes, se han aumentado mucho con las resistencias de los comités directores.

La historia de la cañonera Farcy y la de la cureña del almirante Labrousse, los servicios hechos por la invencion de M. Farcy durante el sitio, se reconocen hoy por todo el mundo. ¿Por qué, pues,

no existe todavia mas que un modelo de esa maravillosa cañonera? La adopcion de la cureña del almirante Labrousse ha dado margen a iguales dimensiones.

Mas dejando ya los preliminares llegaremos a los hechos presentes.

El informe sobre la organizacion de la defensa nacional inserto en el Journal officiel de los dias 17 y 18 de octubre, anunciaba que la artilleria de campaña del ejército de Paris, se componia de las piezas siguientes:

20 baterías de a 4 rayadas;

14 id. de a 12 id.;

6 baterías de ametralladoras.

Luego por decreto de 28 de octubre añadieron 20 baterías mas, y estas son las que el gobierno de la defensa nacional ha encargado a la industria privada.

En estas páginas representamos la fabricacion de estas nuevas piezas, habiendo asistido para ello a las diferentes operaciones que nuestros dibujos reproducen.

El establecimiento de M. Cail, que funde en la actualidad los últimos cañones del primer pedido

que se le ha hecho, ha venido a probar que la industria privada podia rivalizar ventajosamente con los establecimientos del Estado.

Vamos a resumir brevemente el conjunto del trabajo de un cañon.

Primeramente se hace el molde, en donde se vacia la pieza. En torno de un madero que tiene la forma de un cañon, se dispone una mezcla de arena menuda y de tierra grasa, y cuando estas sustancias han tomado el grado de consistencia que se desea, se saca el madero y el molde queda sostenido por numerosas argollas de hierro.

Durante este trabajo una aleacion formada de 94 por 100 de cobre, de 5 de estaño y de 1 de zinc, colocada en un horno de fusion, es sometida a la temperatura del calor incandescente. Sabido es que el estaño da mucha flexibilidad y dureza al cobre.

Cuando los metales están fundidos, por medio de una garrucha se acerca al orificio de la fundicion una vasija de tierra refractaria destinada a recibir el metal líquido; y una vez llena esta vasija, la garrucha la lleva hasta el molde. Un sistema de ruedas dentadas la inclina para llenar el molde.

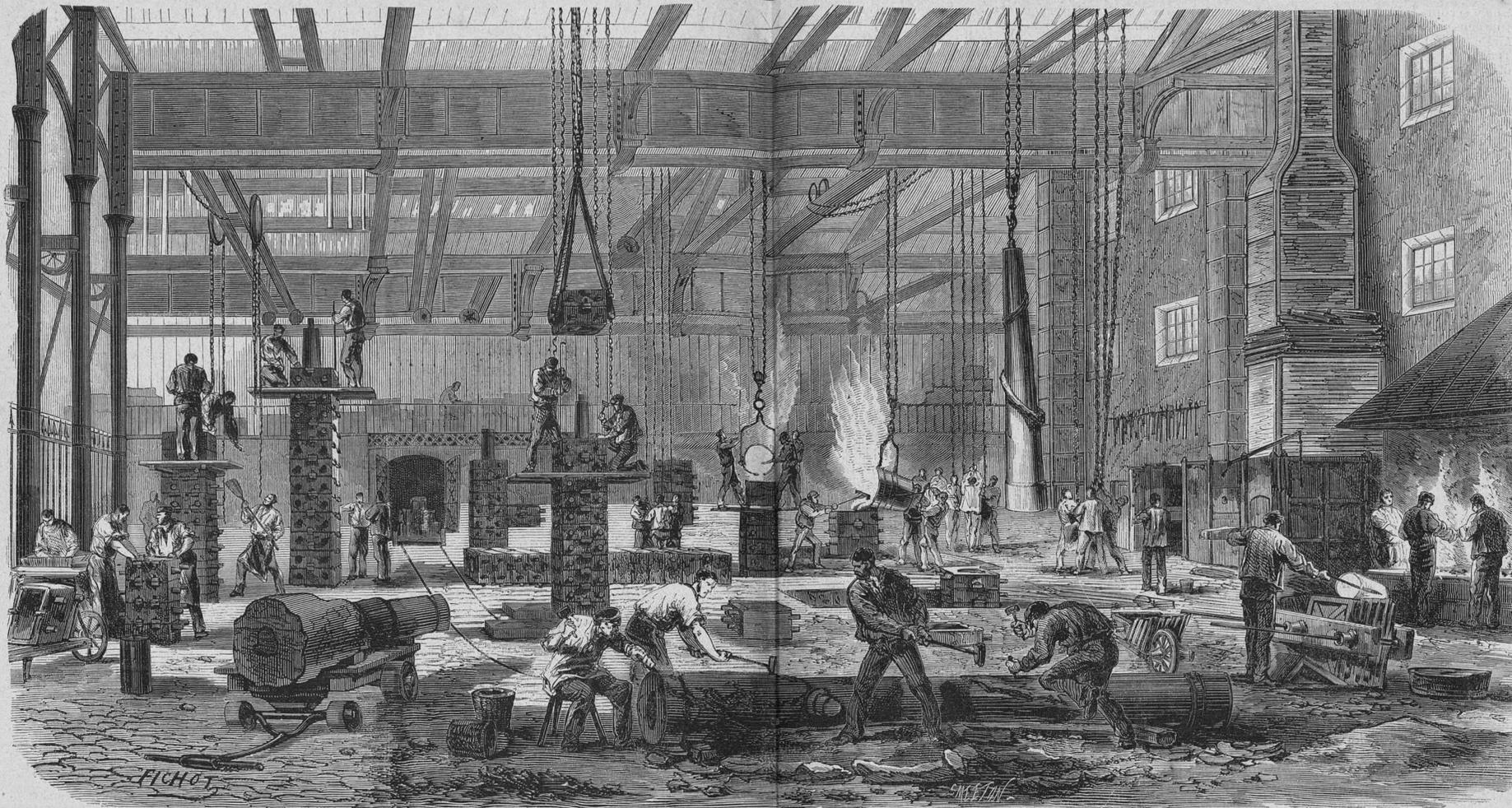
Para fundir un cañon de a 7 se necesitan fundir 1,800 kilogramos de metal. Este peso tiene en el vaciado una pérdida de unos 500 kilogramos de escorias que se utilizan, pues las purifican en crisoles y vuelven a formar barras. Antes de proceder a esta primera operacion, el contraamaestre hace sus pruebas.

Veinte y cuatro horas despues rompen el molde y sacan el cañon, que hay que pulimentar, lo que hace un torno movido por el vapor en doce horas. Despues se confia el cañon al operario que debe perforarle: este se sirve de un taladro llamado lengua de aspid, maniobra en que emplea calorces horas. Sigue el pulimento del conducto de la pieza, luego se raya el interior y entonces queda terminado el cañon y colocado en su cureña.

A consecuencia de todas estas operaciones su peso se ha reducido a 850 kilogramos. Su diámetro exterior cerca de la culata es de 282 milímetros; cerca de los muelles, de 203 milímetros, y en la boca, de 150 milímetros. En cuanto al diámetro constante de su abertura, es de 85 milímetros. De largo tiene 1<sup>m</sup>.379.

Otros industriales de Paris han entregado su material para la fabricacion de estos cañones; y entre ellos citaremos a MM. Flaud, Petit y Gaudet, Descoter, Artiges, Petaud, Collas, los obreros de los ferro-carriotes del Oeste, de Lyon y del Este, MM. Lainé y Quelard, etc.

Dentro de breves dias los fundidores de Paris habrán entregado una artilleria capaz de luchar contra las baterías prusianas.

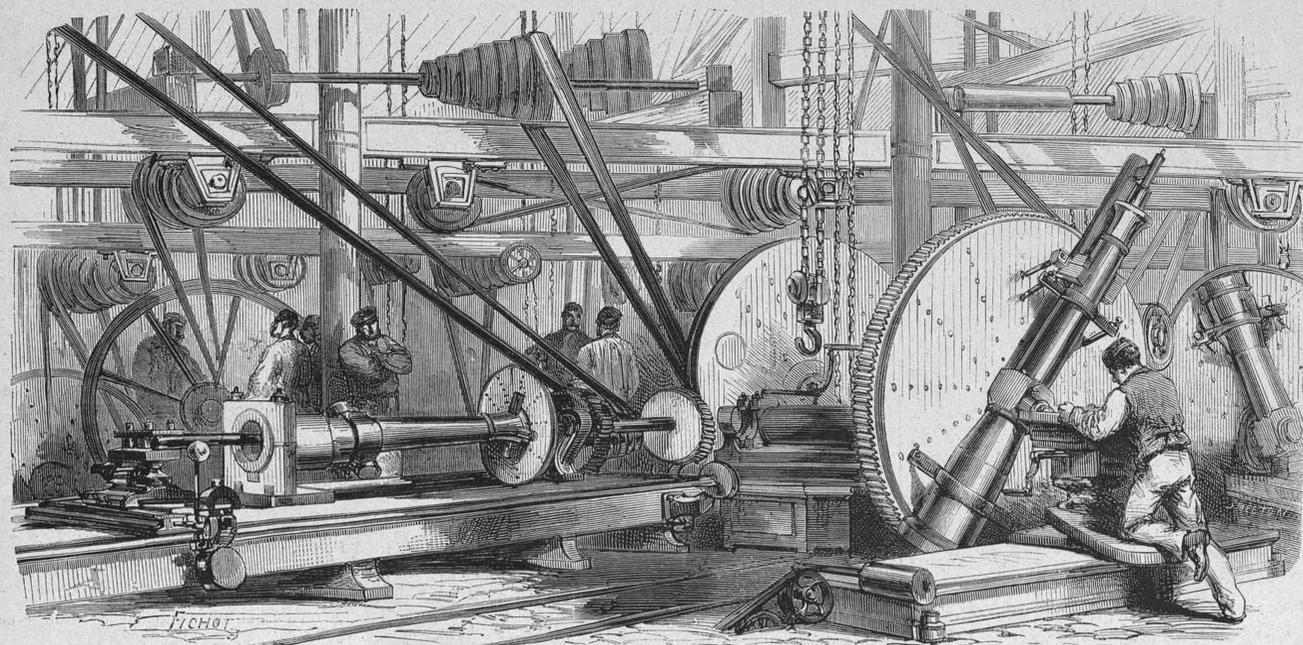


DEFENSA DE PARIS. — Fundicion de cañones de bronce en el establecimiento Cail y compañía.

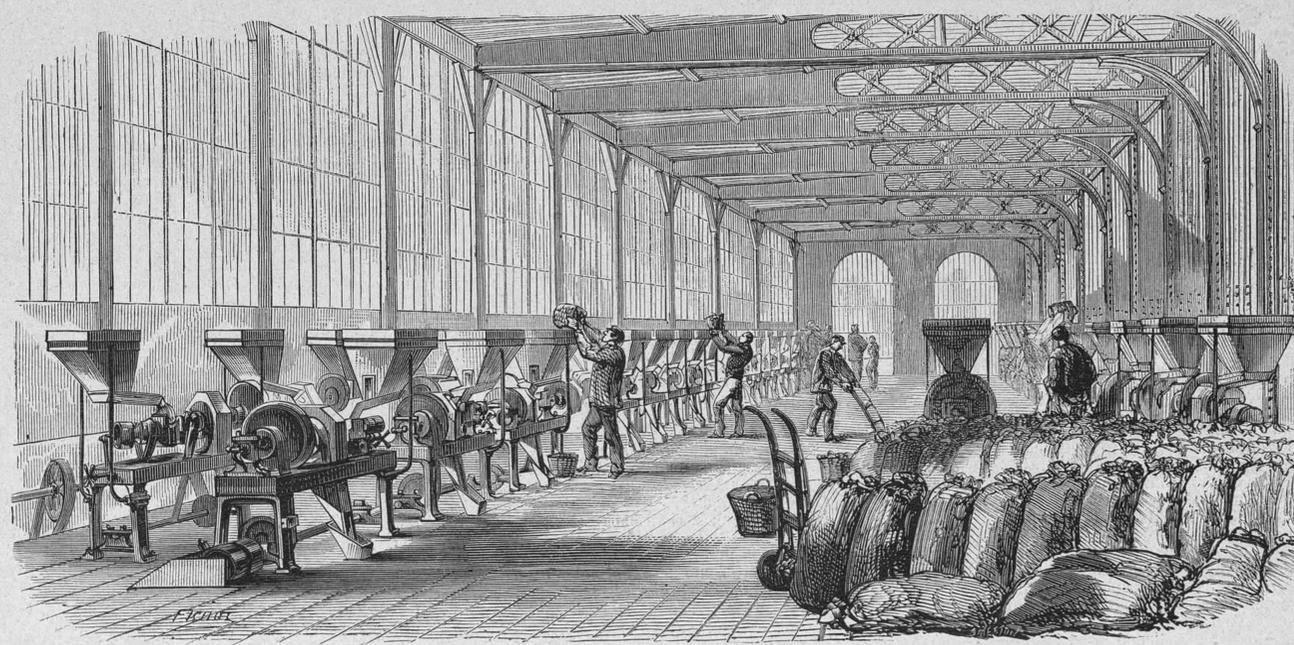
LAS AMETRALLADORAS.

Pasemos a las ametralladoras, pues el establecimiento de M. Cail trabaja constantemente, y en él se fabrican a la vez cañones, ametralladoras de dos modelos, un globo con direccion y molinos de vapor.

Poco tenemos que decir acerca de la ametralladora que ha vulgarizado la última campaña.



Taladro de los cañones de bronce en el establecimiento Cail y compañía.



Molinos de vapor para hacer harina en el establecimiento Cail y compañía.

Las primeras, conocidas con el nombre de ametralladoras de Meudon, fueron inventadas por el comandante Reffye y el capitán Pothier, y se destinan especialmente al tiro largo: su efecto es fulminante á 1,600 metros.

El comandante Reffye salió de París antes del asedio llevándose el material necesario, y hoy se encuentra en las fraguas de Indret fabricando ametralladoras para el ejército del Loira.

Solo el capitán Pothier se quedó en París y ha debido proceder á fundir, instalar y crear un material nuevo. Decir que ha hecho prodigios de actividad y de inteligencia sería inútil: lo importante es consignar aquí que su trabajo da los mejores frutos.

Pero despues de la fabricacion de la ametralladora de Meudon, los inventores han propuesto otros muchos tipos, y dos de los nuevos modelos se construyen en el establecimiento de M. Cail.

El primero que hemos examinado se llama ametralladora Montigny, por el nombre de su inventor, y cuenta nada menos que 35 cañones.

El segundo modelo, sistema Gatine, no tiene mas de 10 cañones, pero de un diámetro mucho mas considerable y lanza tambien diez proyectiles á un tiempo. Además ofrece la ventaja de suministrar á los combatientes una defensa que pone á los que sirven la máquina al abrigo de las balas enemigas.

Todo este trabajo se prosigue con indecible actividad, y muy luego los nuevos instrumentos se entregarán á los diferentes cuerpos de tropas.

#### MOLINOS DE VAPOR.

La instalacion de los molinos de vapor se ha organizado en el establecimiento de M. Cail con una actividad prodigiosa.

Todo un cuerpo de fábrica está ocupado con la molienda del trigo que constituye la reserva. Allí se ven montones de costales que los molinos de vapor trasforman de dia y de noche en harina. En algunas semanas M. Cail ha podido armar cincuenta molinos que el vapor pone en movimiento á la vez. El que visita esos molinos puede estar seguro de bailar con el suelo, en tanto que el ruido le recuerda el estrépito que hacen las ametralladoras.

Y no es todo aun. Se están organizando otros medios mas considerables, á fin de hacer allí una molienda de trescientos ó cuatrocientos costales al dia. Vemos, pues, que no nos faltará pan en mucho tiempo.

R. DE M.

### Escenas de la vida inglesa.

#### EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el N.º 33.)

— No debéis hacer frente á ese hombre en el terreno de esas ofensas menudas que un adversario leal desdeñaría, y que él evitaria tambien si lo pensara un poco, pues seguramente no gana nada en ello.

— Querida madre, contestó Enrique, me parece que abandonamos la plaza al enemigo, lo cual no es portarse con valor. ¡Oh! ¿Por qué no estamos en aquellos tiempos en que estos lances se resolvían en cinco minutos con la muerte de uno de los dos!

— ¡Quiera Dios que no volvámos nunca! Venceremos al enemigo con medios pacíficos.

— ¿Y cómo?

— Todas las veces que haga lo que esta noche, conteneos, sed digno y cortés. Hacedle comprender que desdeñais sus ataques, ó si podeis, combatirle con las mismas armas. ¿Creeis, joven insensato, que Gracia le ame mas por eso? Mientras hablamos aquí nosotros dos, le echa ella un buen sermón. Dejádles pues, que se arreglen, y entre tanto hablemos de miss Garden. En nuestra última entrevista me dijo que érais el hombre mas elegante de todos los que estaban en el salon.

— ¡Ah! ¿Y sin duda por eso me tiene mas cariño? exclamó Enrique con cierta ironía.

— No seais tan severo con nuestro sexo. ¿Creeis que vamos á cambiar nuestra naturaleza por los hombres y no vamos á hacer caso de la elegancia? ¿Por qué os envié yo á un buen sastre de Londres, y por qué os hago tantas observaciones sobre el trato de gentes?

— Madre mia, estoy en ascuas.

— Pues volveremos al salon; pero antes dejadme ver lo que pasa.

Mrs. Little echó una ojeada y luego dijo:

— Todo va bien, el grupo se ha disputado, parece ser que M. Coventry no tenia una conversacion tan interesante como la vuestra. Miss Garden no está contenta y vuestro rival parece furioso. Hay un proverbio francés que dice que « nunca tienen razon los ausentes. » Nada menos cierto si se toma en un sentido absoluto. La au-

sencia suele ser un arma victoriosa cuando se maneja bien. Yo os enseñaré á manejarla.

— ¡Ah! querida madre, sois mi mejor amiga. ¿Qué haremos ahora?

— Volved al salon con el semblante alegre y no hagais caso ninguno de M. Coventry. Pero obrad siempre con cortesía, pues si no le daríais una ventaja que él es sobrado astuto para no aprovechar.

Enrique siguió los consejos de su madre y no tuvo motivo de arrepentirse.

La noche se concluyó sin otro incidente, si no es que por un cambio que pareció inexplicable al joven industrial, M. Coventry se hizo presentar á Mrs. Little y estuvo sumamente amable con ella.

Cuando anunciaron el coche de miss Garden, M. Coventry se apresuró á ofrecerla el brazo.

Gracia aceptó, no sin echar á Enrique una mirada de reconvenccion, porque no andaba tan listo como su rival.

#### XV.

##### ALGUNA VEZ TIENEN RAZON LOS AUSENTES.

Pasados algunos dias Enrique hizo una visita á miss Garden y pasó en su salon cerca de una hora.

Habló de sus proyectos de porvenir, y la atencion que ella le prestó fué una prueba de que se interesaba en ellos vivamente.

Gracia no pudo ocultarle cuánto aprobaba el sentimiento de orgullo que le habia hecho rechazar el ofrecimiento de M. Raby.

A su juicio, aquel amor á la independencia era muy digno de un hombre.

Recordando lo pasado habló de la tempestad de nieve y de la memorable escena ocurrida en la antigua iglesia. Aquel recuerdo hizo brillar en los ojos de la joven una animacion y en su voz una ternura que le llegaron al alma á Enrique.

No se dijeron una palabra de amor; pero en cada frase de su coloquio se traslucía aquel sentimiento.

Ese es el lenguaje de la verdadera pasion. El eterno: *Os amo!* de ciertos novelistas nos ha parecido siempre contrario á la naturaleza.

— Cuando vuelva de Londres, dijo Gracia, espero que veré á menudo á vuestra madre.

— ¿Vais á Londres? exclamó Enrique, pasando de repente de la alegría á una dolorosa sorpresa.

— Sí, todos los años pasamos mes y medio en Londres y ha llegado la época. Londres está muy brillante en esta temporada; pero os aseguro que siento tener que ir.

— No mas que yo siento ese viaje, dijo Enrique. ¿Cómo viviré en ese mes y medio?

— Pronto se pasa.

— Para el que no está contento ese tiempo es un siglo. Sois el sol de mi vida y vais á brillar para otros en tanto que yo me quedaré solo y triste.

— ¿Quién os dice que brillaré para otros? Sufriré quizás mas que vos y echaré muy de menos á Hillsborough.

El tono de estas palabras y la mirada que las acompañaron fueron un bálsamo para el corazon de Enrique.

— ¿Podré escribiros? preguntó.

Gracia vaciló un instante y luego respondió con una señal afirmativa.

— Pero no sabeis mis señas.

— Pues dádmelas.

— ¡Jamás, jamás!... 89, Clarges-street.

— ¿Cuándo salís?

— Pasado mañana, á las doce del dia.

— ¿Podré ir á despediros al camino de hierro?

— Si lo deseais... Sin embargo, me parece que seria mejor que no viniérais.

— Dejadme la satisfaccion de veros en el último momento.

— Como gustéis...

Enrique tomó la mano de la joven y la besó con pasion.

Una suave presion respondió al beso, aunque Gracia fingió apartar su mano.

— ¡Oh, cuánto me desespera el viaje! añadió la joven, volviendo hácia él sus ojos llenos de lágrimas.

Llegó una visita y los dos jóvenes se separaron.

Enrique era obstinado. A pesar del deseo de Gracia, no pudo resistir de verla por última vez y se encontró á la hora en el camino de hierro.

Volvió de la estacion desesperado.

— ¡Madre mia, madre mia! exclamó: ¿Quién lo habria creído, y qué va á ser de mí?

— ¿Qué sucede, hijo mio? preguntó Mrs. Little alarmada cuando le vió en aquel estado.

— ¡Pérfida! se ha marchado á Londres con ese Coventry.

— ¡Cómo! ¡Un rapto!

— No, á Dios gracias. No estaba sola, su padre iba con ella.

— ¿Por qué os desesperais? Se marcha á Londres y M. Coventry va el mismo dia: no es mas ni menos.

— ¡Oh! No era casual. Observé su semblante y no vi ninguna sorpresa cuando el gentleman apareció en la estacion con su equipaje.

Mrs. Little reflexionó un instante y luego dijo:

— Todos los amigos de miss Garden sabian que aquel

dia se ponía en camino y M. Coventry aprovechó la ocasion para acompañarla. No empieza hoy á hacerla la corte y no es justo que ella sea responsable de una persecucion que no puede evitar.

— Pero no es todo aun, madre mia.

— ¿Qué hay?

— Cuando la manifesté el deseo de despedirla en la estacion, me pareció que no la gustaba.

— ¿Os lo prohibió?

— No claramente; pero trató de disuadirme de mi proyecto y era porque sabia que estaria Coventry.

— ¿Y qué prueba eso? Que queria evitaros un cuarto de hora desagradable. Sin embargo, yo creo que mas pensó en su padre que en M. Coventry. ¿Habeis dicho á M. Garden que amábais á su hija?

— Nunca.

— Es probable que ella tampoco se lo habrá dicho. M. Garden es un hombre interesado y ambicioso. En todo caso, prefiere sin duda, con mucha razon, que sepa vuestro amor de otro modo que con vuestra presencia en el anden de un ferro-carril á la hora sentimental de las despedidas.

— Querida madre, teneis un prodigioso talento para explicar las cosas y calmar mis angustias; pero no por eso me quedo menos triste al pensar que todos los dias verá ese hombre, cuando yo estaré aquí solo.

— ¡Solo! Olvidais vuestra consejera que no os perderá de vista un instante. Escribireis todos los dias y el cartero será un terrible rival para M. Coventry, mucho mas terrible que lo es M. Coventry para vos.

Mrs. Little tenia razon.

Enrique escribió todos los dias á Gracia Garden.

La joven no respondía tan asiduamente, pero de tiempo en tiempo le enviaba cartas que le hacian olvidar las tristezas de la separacion y los tormentos de los celos.

Gracia, á decir verdad, se interesaba mucho en aquella correspondencia.

Diariamente esperaba con impaciencia la hora del cartero, y la menor tardanza la causaba un rato de amargura.

En cuanto oía en la puerta el conocido golpe que anuncia el mensajero postal, corria, se apoderaba de la carta y se la llevaba á su cuarto para devorarla en secreto.

Enrique hacia cada dia nuevos progresos en su corazon. El proverbio francés se desmintió otra vez: el enamorado ausente ganó todo el terreno que perdió el enamorado presente.

#### XVI.

##### LAS ASTUCIAS DE GROTAIT.

En tanto que Enrique Little esperaba con grande impaciencia el regreso de Gracia Garden, hé aquí los incidentes que ocurrían en su nueva vida industrial.

Cuando fué jefe de fábrica, Enrique Little aplicó naturalmente todas las reformas que habia preconizado.

Ningun obstáculo ofrecía el planteamiento de aquellas reformas.

Lo mas difícil era que los obreros las adoptasen.

Los afiladores que trabajaban con agua admitieron sin resistencia como sin satisfaccion, el terreno seco y los fuegos que les resguardaban de la humedad. Poco á poco vieron que la reforma era beneficiosa y se felicitaron de ella.

En cuanto á los afiladores en seco, no se mostraron tan fáciles de arreglar.

Unos adoptaron el abanico, y otros, no queriendo tomarse el trabajo de poner el aparato en juego, prefirieron aspirar el polvo metálico y la piedra volatilizada.

En vano el amo trató de convencerlos.

Perdiendo ya la paciencia, despidió á dos ó tres, que se retiraron con aire de víctimas, y sus sucesores debieron comprometerse á adoptar la reforma, con lo cual triunfó por fin el abanico.

Los que tallaban limas hicieron una grande oposicion. Estos insensatos se apegaron á su rutina como las conchas á sus rocas.

No quisieron reemplazar el plomo por otra sustancia, ni usar lavaderos, y siguieron comiendo con sus manos envenenadas.

Little empleó el raciocinio y luego la reconvenccion, pero siempre inútilmente, hasta que al cabo les entregó una tarjeta, donde por un lado estaba el despidió y por el otro las razones en que se fundaba.

Veinte y cuatro horas despues recibió una advertencia de la Union de aquellos obreros.

Enrique contestó que volvería á ajustarlos bajo la condicion de que renunciáisen á sus perniciosas costumbres y pagaran una multa en caso contrario.

Entonces el secretario propuso una conferencia en las *Armas del cuchillero*.

Little consintió y desenvolvió sus teorías, á las cuales no podían oponer ninguna razon, por lo que se limitaron á clamar contra la tiranía de las innovaciones. Little observó que la innovacion era generalmente un progreso, y sin trabajo demostró la evidencia del progreso en el caso presente; añadiendo que al obrar así no hacia mas que conformarse con el cometido de la Union, que es el de proteger la vida de los obreros, puesto que son estos bastante idiotas para comprometerla.

— Todos los amigos de miss Garden sabian que aquel

— Todos los amigos de miss Garden sabian que aquel

— Todos los amigos de miss Garden sabian que aquel

— Todos los amigos de miss Garden sabian que aquel

— Todos los amigos de miss Garden sabian que aquel

— Todos los amigos de miss Garden sabian que aquel

— Preferimos una vida corta y alegre, dijo el capataz de aquellos obreros.

— ¿Llamais á eso una vida alegre? Pues es un error. Una intoxicacion lenta no puede ser una vida alegre, es un modo de morir paulatinamente. ¿Qué vale la vida sin la salud? Mas de un Creso daria su fortuna por el estómago de un pobre diablo. Vuestros obreros se matan diariamente sin ganar un sueldo mas, y yo preservo su vida sin disminuir su salario.

— Os engaños, M. Little; sin quererlo tendéis á disminuir los jornales.

— ¿De qué modo?

— La concurrencia es ya terrible. Si prolongais la vida de los hombres hasta setenta años, los obligais á que se mueran de hambre.

Little se confundió hasta tal punto que no sabia qué contestar; pero recordando unas palabras del doctor Amboyne se volvió hácia Grotait y le dijo:

— ¿Qué os parece? ¿Querriais afilar la guadaña de la muerte para desembarazar el mercado del trabajo?

Grotait se vió en un apuro, mas al fin replicó:

— Morir de hambre o morir por el veneno me parece la misma cosa. Además, ¿por qué aumentar las proporciones de una cuestion pequeña generalizando un hecho particular? Yo creo que deberiais dejar á M. Little que se arregle como pueda con sus obreros. Puesto que le agrada alargar la vida de cinco ó seis de ellos, enhorabuena. Les dice lo siguiente: « Os doy mi dinero por vuestro trabajo y por las costumbres que quiero establecer en mi fábrica. » Lo que os importa es que pague el trabajo lo que se merece.

— Le pago como cualquiera otro.

— En ese caso opino que la Union no tiene nada que ver en estas discusiones. Además, M. Little, tengo otras razones que exponer á mi amigo y espero convencerle. Ahora quiero pedir os un favor. Varios amigos nos reunimos mañana á comer en la fonda del *Salvaje*, cerca del depósito en construcción. ¿Queréis honrarnos con vuestra compañía? Para entonces creo que el asunto pendiente estará arreglado.

Little aceptó el convite y dejó juntos á los dos secretarios.

Así que salió Grotait manifestó á su compañero que la opinion pública estaria en favor de Little.

Como el nuevo amo de fábrica excitaba ya un interés general por causa de las persecuciones que habia sufrido, el *Liberal* de Hillsborough no dejaria de aprovechar la nueva circunstancia en favor de Little, de lo cual resultarian nuevas quejas y anatemas sin fin contra la Union, todo ello por un capricho humanitario que seguramente no seria imitado por ninguno de los demás fabricantes.

Hé ahí como el Maquiavelo de las Uniones se puso otra vez del lado de Enrique por motivos que podian no ser muy puros, pero no sin cierto sentimiento de rectitud y humanidad.

Enrique asistió á la comida de la fonda del *Salvaje* con Grotait y sus amigos, y aquel festín fué para él una sucesion de sorpresas.

Los manjares eran sencillos, pero de buena calidad, y los vinos, que todos ellos fueron llevados por Grotait, exquisitos.

Aquel viejo afilador de sierras, que como tabérnero, vendia cerveza y espirituosos al pormenor, no servia á sus convidados mas que Borgoña y Champaña.

Si el banquete era digno de elogios, el que le daba no tenia menos derechos á la admiración general, pues desplegó en sus funciones de presidente aquellas altas cualidades que, con cierta dosis de fanatismo, habian hecho de él el dux de los oficios de Hillsborough.

Ningun objeto que podia interesar á sus convidados le era extraño; él llevaba siempre la conversacion, sin entregarse nunca al monólogo, si no cuando sus amigos apelaban á su fallo, y aun entonces daba á sus discursos una gracia meliflua que no se adquiere sin la ayuda de la naturaleza.

No habia reunion, por distinguida que fuese, donde Grotait no pasara por el mas simpático de los hombres en las conversaciones.

Enrique Little le escuchaba con estupefaccion, pues no podia creer que un hombre tan distinguido, fuese el mismo que habia desencadenado una horda de asesinos contra su persona.

Despues de la comida, todos los convidados fueron á visitar el nuevo depósito, que era entonces la gran curiosidad del pais.

Con efecto, jamás se habia visto en Hillsborough una obra de arte tan notable. Los constructores habian tomado por base una garganta entre dos montes y una corriente de agua que se dirigia hácia la ciudad. Un dique levantado en el extremo interior de la garganta, debia cambiar esta garganta en un vasto receptáculo destinado á recibir el agua de la corriente y toda la que debia producir el drenaje de 4,000 acres de tierra. Un canal de escape, con un declive bien proporcionado, debia suministrar agua á las fábricas situadas en su trayecto y á los habitantes de Hillsborough.

Como el depósito tenia 80 piés de profundidad y una anchura de un cuarto de milla, se necesitaba un dique sumamente fuerte para contener tan enorme masa de agua.

Sobre esta obra se fijó particularmente la atencion de los visitantes.

Encontraron un maestro de obras que les dió todas las explicaciones apetecibles. Era el dique un muro formidable de 500 piés de ancho en su base, que se estrechaba gradualmente hasta su boca, la cual debia tener 90 piés.

Enrique Little examinó con detenimiento aquellas obras que le interesaban sobremediana.

Despues de la visita tomaron todos el té y bebieron grog, fumando abundantemente.

Cuando Grotait llevó á Little y á otros dos amigos en su dog-cart, su lengua estaba un tanto torpe y su lenguaje era muy sentencioso.

De regreso en su casa, Enrique encontró á Bayne, que le estaba esperando para decirle que habia dejado la fábrica de M. Cheetham.

— ¿Y cómo ha sido eso? preguntó Little.

— Nada mas sino porque he querido conciliar los intereses de los amos y los obreros, y me ha sucedido enemistarme con unos y con otros.

— Me alegro mucho, pues desde hoy sereis mi contramaestre.

— Enhorabuena, no deseo otra cosa y prefiero dos guineas por semana en vuestra casa que tres en otro establecimiento.

Una vez que hubo encargado á M. Bayne el cuidado de sus intereses, Enrique Little se entregó completamente á las invenciones.

Pasaba dias enteros en una pieza que llamaba su gabinete, y á veces despues de media noche, se veia aun el fuego de la fragua y se oia el ruido de su martillo que resonaba en medio del silencio.

El doctor Amboyne le aleotaba sin cesar, y era la única persona que tenia permiso para entrar en el gabinete.

Allí el Arquímides y el Demócrito de Hillsborough pasaban largas horas solos, Enrique trabajando ó dibujando y el doctor fumando cigarrillos y desenvolviendo sus sempiternas teorías.

Un dia que llegaba como de costumbre, preguntó á Bayne si estaba Enrique en su gabinete.

— No, señor, respondió el contramaestre; está en el taller de los afiladores de sierras, lo que me sorprende, pues rara vez honra los talleres con su visita.

— Vamos á ver lo que hace, dijo Amboyne.

Acercáronse á una ventana y vieron á Little de pié, con los brazos cruzados, cerca de un afilador que apretaba con todas sus fuerzas sobre la piedra en movimiento una sierra de sus piés de larga.

Enrique contemplaba con cierta preocupacion aquella obra.

— ¡Así está hace un gran rato! dijo Bayne.

— ¿En qué pensará? exclamó el doctor.

— ¿En qué pienso? dijo Enrique que habia oido estas palabras. Voy á manifestároslo. Me pregunto cómo se obstinan en seguir una rutina absurda, cuando seria tan fácil otra cosa mejor, y cómo se ha podido adoptar un sistema que ofende de un modo tal á la gramática de la mecánica. Ahí veis una hoja de acero de seis piés de larga, poco menos ancha que la piedra. ¿No valdria mas afilarla hácia lo largo? De esa manera la piedra recibiria toda la superficie de la hoja en algunos segundos. Pues no; quieren gastar inútilmente tiempo y fuerzas. Venid conmigo y os enseñaré cómo afilarán las sierras largas en los dias de la civilizacion.

Sus ojos se habian animado con un fuego extraño.

— No le lleveis la contraria, dijo Bayne al doctor con tono compasivo.

Little condujo á sus amigos por una escalerilla á la pieza en donde habia puesto su gabinete ó su taller privado.

Nada mas singular que el aspecto de aquel aposento: una fragua en un rincon, en el otro un banco de carpintero y mas allá un torno.

Todo el suelo estaba cubierto de modelos, de moldes, de mil objetos sin forma y sin nombre confundidos en tal desorden que no se sabia dónde poner los piés.

Enrique presentó al doctor la única silla disponible, y luego se sentó en el banco y se puso á dibujar.

— ¡No, no es esto! se dijo.

Y rompió el papel para hacer otro dibujo.

De repente se pegó en la frente, lanzando un grito de alegría.

— ¡Nos hemos salvado! exclamó el doctor lanzando al techo una bocanada de humo.

El joven inventor enseñó entonces un dibujo que representaba dos ruedas circulares sobrepuestas, la de debajo mas gruesa que la de encima.

— Mirad, les dijo, las dos ruedas giran en sentido inverso, y tienen entre sí un espacio suficiente para dar paso á la sierra: dos hombres las manejan. Por un lado A empuja la sierra entre las dos piedras hácia su compañero B que la rechaza del mismo modo. Los dos trayectos que se operan en cuarenta segundos bastan para el afinado, en el cual con el sistema actual se gasta veinte veces mas tiempo. Así pues, con mi sistema dos hombres hacen el trabajo de veinte.

— ¡Por Júpiter! exclamó el doctor, que es una idea famosa. ¿Qué os parece, Bayne?

— Una idea magnífica, la mas bella invencion que he visto en mi vida. Solo es menester una cosa.

— ¿Sacar privilegio?

— No, ocultarla cuidadosamente, enterrarla en nuestro cerebro y tratar de olvidarla. Si establecis esa máquina en Hillsborough no os doy ocho dias de vida.

— ¡Hillsborough no es el mundo entero! Puedo establecerla en un pais libre, en América, en Rusia. Suponeos que saco privilegios en el extranjero y los exploto en los Estados Unidos y en el Canadá; así la invencion penetraria forzosamente en Inglaterra, lo que aseguraria su éxito. Es una fortuna.

— Pero no dejéis de tomar privilegio en vuestro pais para todas las invenciones, dijo Amboyne.

Enrique prometió seguir el consejo.

Sin embargo, como le dominaba la fiebre de la invencion volvió á sumergirse en sus abstracciones.

Buscaba un modo rápido y económico de afilar las sierras circulares; y este problema y el de un nuevo sistema para enlazar los wagones en los ferro-carriles le absorbian tanto que no pensaba en otra cosa y ni si quiera reconocia á sus amigos cuando los encontraba en la calle.

Un dia que Enrique estaba en su gabinete, Bayne se presentó con un papel, en el que habia escritas algunas palabras.

— ¿Qué hay? preguntó Little.

— Una nubecilla en nuestro horizonte, una carta de José Luis. Leed.

« M. Little :

» Cuatro de vuestros afiladores están atrasados en sus contribucion; y como se hacen los sordos á los avisos apelo á vos.

» José Luis. »

— Me parece que José Luis está en su derecho. ¡Siempre se atrasan! Recogen las ventajas de la asociacion y no quieren pagar la cuota sin la cual no puede vivir la Union. Habladles para que paguen.

— Lo mas sencillo seria desquitarles la suma del salario y enviarla á Grotait.

— No tengo derecho para ello. Además, no me corresponde administrar la sociedad, por cuenta de Grotait, y por último ¿quién es José Luis?

— José Luis quiere decir la reunion de todos los afiladores de sierra. José Luis y Grotait es lo mismo.

— Pues bien, escribid al uno ó al otro diciendo que desaprobamos la conducta de esos obreros y que les hablaremos; pero que no podemos hacer mas.

Bayne escribió en este sentido empleando las formas mas corteses y el asunto se quedó así durante algunos dias.

Sin embargo, al aviso siguieron las amenazas con arreglo á la costumbre.

Enrique recibió otra carta concebida en estos términos:

« M. Little :

» Si vuestros afiladores no pagan lo atrasado de aquí á dos dias, quitaré las correas de sus piedras, aun cuando el diablo trate de impedirmelo.

» X. »

Enrique arrojó la carta al fuego y siguió en su trabajo de invenciones.

Dos dias despues al llegar á la fábrica, encontró á sus obreros reunidos en grupo en torno de las piedras con las manos en los bolsillos.

— ¿Qué sucede, señores?

— Ha venido al taller José Luis.

— Y han desaparecido dos pares de correas.

— Pues ya sabéis quién ha hecho el daño.

Sin embargo, la justicia de José Luis habia sido torpe, en razon á que las correas arrancadas no eran las de los deudores.

Despues de discutirlo se decidió que el amo pagaria las cantidades debidas, descontándolas de los jornales.

Bajo este concepto, Enrique Little y su contramaestre fueron á las *Armas del cuchillero* y preguntaron por José Luis.

Este se estaba afeitando; pero al cabo de un rato apareció en la persona de M. Grotait.

— ¡Buen tiempo hace, señores!

— No se trata del tiempo, M. Grotait, dijo el contramaestre, sino de nuestras correas que han desaparecido.

— Me extraña.

— Quizás podreis decirnos en dónde están.

— La experiencia enseña que esas cosas se encuentran en cuanto los deudores pagan los atrasos.

— Justamente venimos para eso.

— Bien pensado.

— ¿Queréis decirnos lo que se debe?

— Consultaré los libros y les daré una contestacion inmediata.

Grotait volvió muy luego diciendo que se debia un soberano por la contribucion personal de cada hombre con mas cinco chelines por cabeza para José Luis.

— ¿Y por qué concepto?

— Gratificacion, indemnizacion ó multa, como querais llamarlo. Es la costumbre.

— ¿Por habernos robado nuestras correas é impedido que nuestros hombres trabajen todo un dia?

— A su riesgo ha sido, dijo Grotait con tono zalamero.

Little pagó y pidió á Grotait que tuviese la bondad de devolverle las correas.

— ¡Gran Dios! ¿Podeis creer que yo las tengo?

— Perdonad á M. Little, dijo Bayne, pues ignora como se representa la comedia. ¿Tendriais la bondad de indicarme el mejor modo de recobrar nuestras correas?

— ¡Hum! exclamó Grotait como iluminado de una idea súbita. Parece que alguien me ha hablado de eso, no sé quién. Dejadme tiempo para que me informe.

— Corriente, daremos una vuelta de media hora por la calle y volveremos.

Con efecto, media hora despues los dos hombres estaban de nuevo en la sala.

Grotait no tardó en llegar y entró diciendo:

— Venia pensando qué fácil es entenderse con un hombre tan inteligente como M. Little...

— Sí, sí, pero lo que nos hace falta son las correas, interrumpió M. Bayne.

— ¡Siempre desconfiado! ¿Podeis dudar que os las devuelvan? No hay obrero ni amo que haya tenido nunca motivo para quejarse de mi buena fe.

— Lo sé, y recuerdo que en una circunstancia parecida, disteis los informes necesarios para volver á encontrar las correas, despues que se pagó la deuda. Fué en casa de M. Cheethan. Ahora bien, en el intervalo un tercero menos escrupuloso robó las correas, y sucedió que nos trajeron en su lugar otras mejores, porque eran nuevecitas. Otra vez mi primo Godby que perdió por la misma causa una hoja de sierra de cierto valor que no

pudo encontrarse por ninguna parte, la pagásteis de vuestro dinero.

— Me alegro ver que me haceis justicia. Sin embargo, recordareis que yo negué toda participacion en la desaparicion de aquellos objetos, pero hay incrédulos que cierran siempre sus oídos á la razon... ¿qué es lo que veo?...

— ¿Qué hay?

— Mirad ahí... en la pantalla de la chimenea, vos que teneis mejores ojos que yo...

M. Grotait se puso las gafas y fingió observar con sorpresa un papel plegado que parecia caído de las nubes.

— Vereis como hallamos aquí lo que buscamos, dijo Bayne que habia asistido á otras comedias del mismo género.

Al hablar así rompió el billete cuyo contenido era el siguiente:

« A M. Little ó á M. Bayne.

» Señores:

» Buscad en la artesa que está al extremo del canal de vuestra fábrica y allí encontrareis las correas. Me felicito de que el asunto haya terminado amistosamente y con la esperanza de que ya no serán necesarias las visitas nocturnas. Se despide, etc.

» LA JÓVEN TÍMIDA. »

Bayne salió al instante sin mas ceremonias; pero José Luis pidió á Enrique Little que se quedara con él algunos instantes y le dijo, repasando sus navajas para concluir de afeitarse.



Guardias movilizados recogiendo coles en las afueras de Paris

— Ya veis que todas esas persecuciones son resultado de una legislación viciosa ó insuficiente. Los obreros á quienes nadie protege, tienen que hacerse justicia por sí mismos.

— Corriente, contestó Little; pero ¿dónde hay justicia para apoderarse del material de un fabricante por que sus obreros no pagan la cuota?

— Y dónde hay justicia para embargar los muebles de un posadero á fin de pagar la deuda de su inquilino? Hacemos lo que podemos y la experiencia nos enseña que solo esos medios son los eficaces. Así que recurrimos á ellos, las cuotas atrasadas se pagan como por encanto. Además, jamás se toma una providencia sin que preceda un aviso.

— Sí, ya sé que nunca os faltan los argumentos. ¿Qué quereis? La cosa es demasiado gorda para mis tragaderas, perseguidme como acabais de hacerlo; tomad mis correas y mis piedras si la justicia y la opinion pública lo exigen; pero ¡por Dios! que no tengamos más pólvora ni garrotes.

— ¡Pólvora y garrotes! ¡Ah! M. Little ¡qué mal me conocéis! ¡Yo tengo horror á los medios violentos.

(Se continuará.)

### De Villahermosa á la China

COLOQUIOS DE LA VIDA ÍNTIMA

POR DON NICOMEDES PASTOR DIAZ

(Continuacion.)

Ni tampoco creemos que Sofia estuviera perdida por haber leído la novela de Rousseau ni otras mas inmorales todavía. En el mal que á los libros se atribuye, entra por mucho la exageracion de los que los aborrecen. Una de las mas especiosas formas que ha tomado la ignorancia y el positivismo es el anatema contra la lectura, y mientras que todos los vicios que corroen la sociedad, ó que mas señaladamente caracterizan nuestro siglo, se imputan á los malos libros, si tendemos en derredor la vista, descubriremos que la mayor parte de

los grandes corruptores y de los mas hondamente corrompidos no abren uno solo en su vida.

Librenos Dios de negar la influencia de las malas máximas; librenos Dios de atenuar siquiera la perversidad de los propagadores de malas doctrinas; pero séanos lícito preguntar de buena fe si todos esos monstruos y bandidos morales de la sociedad en que vivimos, si todos esos adoradores del vicio en sus formas mas groseras, si todos esos agentes prácticos de desmoralizacion en sus manifestaciones mas cínicas, si todos esos vendidos sirvientes de la tiranía en sus mas contrarias tendencias, si todos esos esclavos públicos y adoradores exclusivos del interés en su mas repugnante materialismo, si todos esos mas especiales productos y mas ostensibles fenómenos de la corrupcion de nuestra época, deben su carácter de perversidad á las doctrinas que han estudiado, á los libros malos que han leído...

¡Oh! ¡no! ¡Si no leen nunca una página esos desventurados!... Si son ellos los primeros que hacen mofa y escarnio igual de los que los leen y de los que los escriben. Si son ellos los que han inventado el epíteto de *novelesco*, para hacer irrision de todo lo noble y elevado. Si son ellos los que, si una infeliz burlada por su amante muere de pena ó se enloquece hasta el suicidio,

declamarán contra la manía de las lecturas exaltadas; ellos, que se han de matar por un golpe de ruleta ó por el cálculo fallido de una jugada de bolsa... Si son ellos los que han de gritar: «¡Abominación y escándalo!» contra la inmoralidad del *drama nuevo*; ellos, que pagarán á la cortesana el palco que niegan á la despreciada esposa... Si son ellos los que no tendrán palabras bastantes para invocar contra la imprenta la represión del poder y los rigores de la censura, sí, un jóven inexperto y seducido se compromete en una conspiración política; ellos, que han de jugar millones y tesoros al espantoso *cara y cruz* de las sublevaciones populares ó de los apuros del poder dictatorial... Si son ellos los que querrán dar al fuego todas las obras de poesía y todos los libros de pasión, si por acaso un mancebo rico y aventajado se enamora de una doncella pobre, ó un jóven sin fortuna aspira á un matrimonio desigual; ellos, los que arruinarán el patrimonio de sus hijos por una

bailarina; ellos, que han de entregar la hija inocente y pura á matrimonio tratado en condición forzosa ó tentación segura de adulterio...

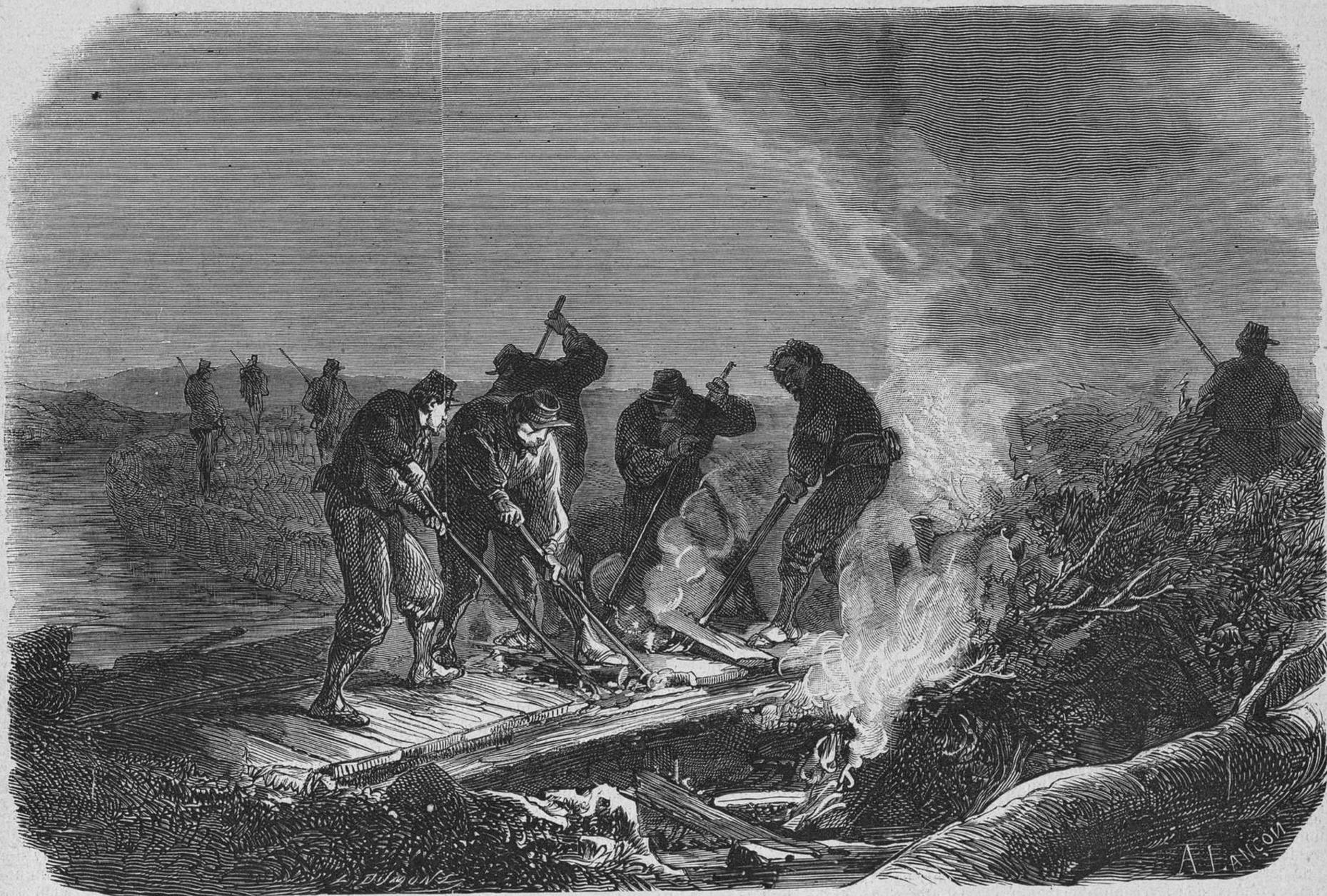
¡Oh! ¡no!... no son los libros los que llevan y esparcen el veneno de la inmoralidad pública y de la corrupción privada... No son los tratados de patología ni los sistemas de medicina, por absurdos que sean, los que han traído y propagado el cólera; no son los boletines de la peste los que difunden el contagio, cuando la atmósfera lleva en el aire mismo con que vivimos los deletéreos gases con que nos envenenamos...

No... ni la pobre Sofía había contraído en los libros su idealismo, ni aspirado en la tinta de imprenta el hábito mal sano de su perdición, ni queremos nosotros contribuir, con la narración de su pérdida y con la idealización de sus delirios, al contagio de otra alma, al extravío de ninguna otra conciencia... Bástanos saber que una mala lectura puede dar ocasión á una parcial

desgracia; que la exaltación de un sentimiento ó la exageración de una idea puede pervertir el criterio ó turbar la serenidad de un espíritu impresionable, para que no queramos ser reos de semejante atentado.

Y no seremos nosotros quien, abusando traidoramente de una inclinación generosa, paguemos el favor y la benévola acogida de nuestros lectores, envenenando á sabiendas los pensamientos é impresiones, en que un espíritu triste ó un corazón desfallecido vienen á pedirnos un consuelo que no les da el mundo, ó un consejo que su razón propia les rehusa...

Por eso vamos á descender humildemente, de la ideal altura, á las modestas regiones de la realidad de la vida. Por eso renunciamos á mantener á nuestros lectores en las esferas ardientes de la pasión; por eso sacrificamos el aparente consuelo de quiméricas fantasías á una verdad que podrá parecer dura y desapiadada, prosaica y severa. No en vano escribimos al frente del libro ante-



DEFENSA DE PARIS. — Guardias movilizados destruyendo un puente del Crould.

rior *Esperanzas perdidas*. Estas esperanzas eran realizar ilusiones, justificar flaquezas, santificar pasiones, satisfacer caprichos; las esperanzas de la virtud para siempre abandonada, de la amistad nunca reconocida, de la caridad estéril ó despreciada. ¡Oh, sí! En el camino de estos propósitos, en la dirección del vuelo de estas aspiraciones, nuestra heroína estaba enteramente perdida. No vendremos nosotros en su salvación y ayuda. Preferimos decir la verdad, la verdad cruel y poco poética, la verdad de la conciencia y de la necesidad; preferimos daros el desenlace de nuestra relación monótona y desabrida, tal como la hemos encontrado, no en nuestra invención, sino en nuestra experiencia y en nuestra memoria.

Habremos de presentaros una conclusión dura y vulgar, como las lecciones que da el mundo, como las doctrinas que enseña la desgracia; un resultado positivo y práctico como el siglo, helado como la razón, severo como la conciencia, árido y desencantado como la vejez, consolador y religioso como la muerte...

Y si habeis tenido la paciencia de seguir esta lenta relación con otra esperanza, abandonada de todo punto á mi desconsolada heroína, porque es de vuestra ilusión y de vuestra creencia, de lo que se despidió tristemente,

cuando dijo á los ecos de su soledad y á los espíritus del silencio:

— ¡Estoy perdida!...

Había pasado la noche en aquel insomnio de la fatalidad consumada, que es mas fatigoso que el de la inquietud y de la incertidumbre... Había pasado la mañana en aquella meditación sombría de un mismo pensamiento, que es para el espíritu como la repetición incesante de un mismo insoportable sonido. Parecía que para determinarse necesitaba un nuevo acontecimiento, que esperaba una voz para moverse, que aguardaba una señal para regular por ella su quebrantada y vencida y muerta voluntad.

Ni aquella voz ni aquella señal se dieron en todo aquel eterno día, que pasó muda y sola... Por fin, al declinar de la tarde, las campanas de la iglesia anunciaron con tristísimo doble un funeral en la parroquia, y las entrañas de Sofía se estremecieron con aquel sonido de muerte, que le volvía á la preocupación de la vida. Tal vez, al oírle, murmuró en su corazón, si no con sus labios, y aplicó á su misma fatigosa existencia el verso del *Macbeth*, de Shakespeare:

Por tí dobla fúnebre el címbalo férreo...

Envolvióse toda en su mas larga y tupida mantilla, y descendió con reposado andar por la senda tortuosa de la colina, hasta donde un grupo de árboles altísimos sombrea en su falda el camino de la iglesia. Volvieron á doblar las campanas, y una bronca y remisa salmodia que resonó por entre los árboles, como al compás del susurro de las hojas y de los murmullos de la fuente cercana, advirtió á Sofía que la comitiva funeral debía estar en movimiento.

Aguardóla, guarecida de los árboles, antes de descender del todo el áspero recuesto, y miró en breve ondear entre las ramas aquel estandarte negro que había ya visto pasar la noche anterior. Seguíanle, en dos hileras, muchos hombres, vestidos de largos sayos de paño pardo, descubierta la cabeza y llevando en sus manos cirios encendidos.

Brillaba en medio de ellos la manga parroquial con su enorme cruz de plata dorada, y venía detrás aquel féretro, ya no entonces vacío, pero descubierto y ataviado como la víspera. Sobre las mismas almohadas, cuya guarnición ondeaba á un lado y otro del ataúd, reposaba su cabeza el cadáver de una mujer jóven y amortajada esmeradamente en hábito de religiosa, como las de Valle-de-flores. Desde el alto valladar de césped, del

eual había hecho como un reclinatorio de verdura, Sofia alcanzaba á ver la extraordinaria belleza que la muerte había conservado á las facciones de aquel semblante, al parecer solamente dormido, y la blancura de aquella tez, casi plateada y resplandeciente, que competía con la candidez de las almohadas y con los ribetes rizados de la toca plegada sobre la frente.

No llevaba las manos juntas, como de ordinario; con la izquierda apoyaba sobre el corazón una cruz de madera negra con un Señor crucificado de marfil; y la diestra, tendida á lo largo y sosteniendo una magnífica trenza de cabellos, cortados sin duda de su cabeza, parecía presentarlos en ofrenda desde su féretro, como si hiciera de su funeral una profesión religiosa. Llevaba el cadáver los pies descalzos y descubiertos, cuyas ebúrneas y blanquísimas plantas parecían ser objeto de piedad y de culto, porque en las paradas que hacia el fúnebre cortejo para rezar responsos, salían algunas mujeres del grupo é iban á besárselas con reverente y religiosa ternura... No sostenían aquel féretro doncellas vestidas de gala y coronadas de flores; suspendíanle de sus manos ocho mujeres vestidas de negro, y otras cuatro mas jóvenes llevaban detrás la tapa del ataúd, cubierta de plantas olorosas y de guirnalda de flores contrahechas.

Seis ú ocho sacerdotes acompañaban al párroco, cantando á media voz el salmo de los funerales, y detrás de ellos dos ancianos, decentemente vestidos, con otro mas joven en medio, y un numerosísimo grupo de mujeres, que llevaban en sus manos velas encendidas, parecían formar el duelo de aquellas pobres exequias. Harto solemnes, harto imponentes eran, sin embargo, para quien veía desfilar la rústica pompa entre aquellos campos aun tan floridos, por aquellas arboledas aun tan frondosas. Harto lúgubres para quien á su pacífica sombra se había creído resguardada de impresiones funestas, y que de súbito la veía poblada de visiones tan medrosas y de tan espantables realidades...

Por eso, arrodillada en el húmedo césped, clava sobre los yertos despojos una mirada de ansiedad escrutadora, como si quisiera interrogarles sobre los secretos de la vida y sobre los arcanos de la muerte. Sin duda el espíritu de aquella difunta ya los había averiguado todos; mas para ella, antes que todos, había el secreto mismo del alma que había animado aquellos restos, de la clase y condicion de aquella ignorada criatura, de aquella tan humilde y oscura y misteriosa vida...

Porque al fin ¿quién era? ¿quién había sido aquella mujer?... ¿Qué posición había ocupado en el mundo aquella escondida flor del campo, cuyo nombre siquiera no sabía?... ¿Qué misteriosas relaciones habían dado á la insignificancia de una campesina un lugar en la escena, donde otro hombre había representado los trágicos dramas de su funesta existencia?... ¿Cómo aquel humilde desconocido nombre podría hallarse mezclado á la larga lista de nombres distinguidos y brillantes, cuya letanía horrible habían recitado una noche á sus oídos las brujas agoreras de todas sus desventuras?... ¿Habría tal vez la sencilla aldeana permanecido siempre en su retiro, como la paloma torcaz de aquellos sotos, como el ánade blanco de aquellos rios, ó habría cruzado, como ella, por las regiones del mundo y por las esferas de la pasión?... ¿Cómo es que se había adormecido en el rústico féretro con el sentimiento de tranquilidad y satisfacción que resplandecía como una auréola en torno de su blanquísima frente?... ¿Qué le revelaba la serenidad dulcísima de su semblante, sin una sola línea de arruga, sin una leve contracción de tristeza?... ¿Era su inefable sonrisa la memoria de una dicha indeleble, concentrada en el instante de un éxtasis supremo, ó no expresaban aquellos labios la felicidad de la muerte, sino como una despedida de compasión á las amargas vanidades de la vida?... La paz angélica de aquel rostro de cera ¿era un himno de gracias por las dichas de la tierra, ó mas bien la visión bienaventurada del alma padecida, que al cabo de una existencia de tormentos, mira abrirse en su agonía las puertas de la gloria?

¡Ay! para excitar la envidia de su corazón desgarrado, bastábale á Sofia la evidencia de que la misteriosa criatura era ya feliz para siempre, y que descansaba de toda pasión y de toda incertidumbre en el seno de la verdad eterna y del eterno amor...

Pero otro amargo pensamiento vino á preocupar su espíritu con la mas extraña aprension de rivalidad y emulacion que puede haber en las recónditas flaquezas de la naturaleza humana.

— ¡Ay! decía como sorprendida de un súbito reconocimiento de inferioridad y de una repentina revelacion de insignificancia y aislamiento; yo no seré así sentida, yo no seré así llorada... ¡Mi féretro no pasará acompañado de tantas oraciones, no le regarán tantas lágrimas... no me aclamarán tantos sollozos, y sobre este rostro, que ha parecido hermoso al mundo, no se estamparán tantos besos como reciben aquellos pies descalzos!...

Deciendo así, y fijando espantados los ojos sobre el hombre que presidía el duelo, aquel hombre mismo de la noche anterior, invariablemente cerrado en su frac azul, levantóse despavorida, lanzó un ronco y ahogado grito, y volviendo á caer derribada y sin fuerza sobre el césped, exclamaba una y otra vez:

— Yo no le tendré en la muerte siquiera... ni en la cabecera de mi lecho, ni en la angustia de mi agonía... No le llevaré detrás de mi ataúd en el duelo de mi funeral solitario... No se hincarán nunca sus rodillas sobre la losa de mi abandonada sepultura...

Y volvióse á poner en pié, y miró otra vez aquel féretro y aquel cadáver y aquel hombre... Y quiso andar

para unirse á aquel fúnebre acompañamiento... y sus piés no obedecieron á su voluntad... y quedóse inmóvil y rígida, y como desafiando al mundo y á la muerte... Y un pensamiento infernal cruzó sin duda por su frente... y erizósele los cabellos... Y siguiendo el hilo de sus fatídicas ideas, y respondiendo un eco de desesperacion al conjuro ominoso de sus precedentes palabras...

— ¿Para qué losa? ¿Para qué sepultura? continuó... ¿para qué entierro, ni ataúd, ni duelo? ¿Qué plegarias, qué memorias, qué lágrimas, si para mí no hay amor, ni de mis manos nadie recibió nunca bienes, ni de mi ternura caricias, ni de mi estéril corazón consuelos?... ¿Para qué salmos, ni oraciones, ni cantos, ni pompa, ni túmulo, si el cielo ha lanzado ya sobre mí el anatema de la vida y el permiso de la muerte?... Hasta en el camino de la iglesia y de la oracion me pone delante el fantasma de la pasión y el espectro del crimen... Iba á entrar en ese templo, y él va delante para que no entre yo... Iba á pedir á Dios por el eterno descanso de ese alma bienhadada, y donde va una mujer que él acompaña, y que yo envidio, yo no puedo hacer mas que votos infernales de execracion y de espanto... Quedábame la esperanza de la alucinacion de un ensueño y de una exaltacion de delirio, como los que en otras ocasiones fueron mi dolencia... Veríame tal vez ocupar ese féretro vacío, celebrar, rodeada de almas piadosas, mis propios funerales, y recibir la mirada, la bendicion y las preeces de ese hombre, espectro y evocacion de mi agonía, como lo fué un tiempo de mi enfermedad... Pero no... Ya no hay alucinaciones ni ensueños... Ahora es verdad todo en torno de mis ojos, y todo realidad cuanto es objeto de mis deseos... Ese funeral es un entierro, y ese cadáver es de otra mujer, y ese hombre no es una creacion de mi fantasía... Ese hombre es verdaderamente el hombre que yo amo con mi alma y con mi vida, con los sentimientos de mi corazón y con la sangre mas ardiente de mis venas, con mi memoria y con mi desesperacion, y á veces con mi odio... ¡Ahora todo es verdad!... Estas visiones de la tarde, estas escenas fúnebres de sombras y tinieblas, ese paso y procesion de fantasmas y de apariciones, todo tiene realidad y cuerpo. todo tiene la solidez de este suelo que piso, la fuerza de esta pasión que me ahoga, de esta llama infernal que me consume... ¡La ilusion! ¡El delirio! ¡La fantasía!... Con eso ya lidié, ya combatí, ya salí victoriosa... no era mas que la enfermedad... Pero ¡ay! ahora tengo delante la realidad y la vida... La vida, que es mi desventura, y la realidad crimen... y oprobio... y desesperacion... Pues á vencerlas tambien y aniquilarlas... ¡Fuera la realidad!... ¡Fuera la vida!...

Y en las alas del torbellino de este infernal pensamiento, rebujando en torno de su faz los pliegues de su manto, deslizándose por aquellas sendas, como si los tañidos del bronce y los cantos del funeral la conjurasen, hallóse sola, desorientada, despavorida y sudando fatigosa sobre la cornisa de una escarpada colina, donde un paso mas que diera la hubiera derrumbado en un inmenso precipicio.

A los piés de aquella eminencia, casi tajada á pico, sobre un remanso del rio, las aguas, como azotadas en su rebalsada corriente, forman un abismo que muge sordamente en el fondo. De cuando en cuando un extraño remolino levanta de improviso una ola, que azota, reventando, la perpendicular altísima ribera. Arboles corpulentos, sauces frondosos y espesísimos matorrales de torvisco, laurel y zarzamora, vistiendo de opulenta verdura la tajada pendiente, convierten el formidable despeñadero en una inmensa maceta de ramas y flores. Una ancha cornisa de resalto, que guarnece la altura con tres gradas concéntricas, revestidas de césped y helechos, avanza sobre el precipicio, como tres galerías de una altísima torre ó de una feudal almena. Sobre la explanada que las domina, la antigüedad hubiera colocado la graciosa rotunda de un templo griego. Si los árabes hubieran habitado el valle, hubieran construido en aquel sitio una casa de placer, como el Generalife; pero los normandos del siglo X, piratas de aquellas costas y pobladores de aquellos campos, habían levantado allí una garita de atalaya, sobre cuyas pobres ruinas crecen hoy silvestres parras y pomposas higueras. Aun no había acabado de cerrar la noche, y la luz, como reflejada por el rio y el mar, permitía observar la posición de aquel sitio, y contemplar la escena que la eminencia dominaba. Sofia dirigió una mirada lúgubre al abismo de aquel pozo, que tantas veces había arrojado cadáveres sobre los juncales de la orilla fronteriza; y apartando á uno y otro lado el rebozo del manto que la envolvía y que, á su parecer, la ahogaba, sentóse tristemente sobre la alfombra de helechos, casi colgada sobre el inmenso derrumbadero.

La media luz del crepúsculo, desvaneciendo las formas y confundiendo las líneas, disminuía las dimensiones de la altura y aproximaba la distancia de las profundas aguas, que hervían espumosas al empuje de la marea que subía. Un cuarto de luna, que dibujaba en el azul del cielo la hoja brillante de un alfanje oriental, terminaba su carrera y la del día, sobre la cresta de un cerro que descollaba altísimo en el recortado feston de las colinas del poniente.

Las luces de la poblacion, asentada mas lejos sobre las playas de la embocadura, parecían desde aquella altura los fuegos fatuos de un cementerio, y las brisas del viento, que seguían la entrañada del rio, traían á los oídos de Sofia el toque de oraciones de las campanas de un convento, y el sordo redoble de retreta á bordo de un buque de guerra, surto á mayor distancia en la bahía.

Pero ni los ruidos del agua, ni las armonías del vien-

to, ni los colores del cielo, ni los ecos vivos del mundo, eran bastantes en aquel trance de vértigo fatal á distraer á la extraviada joven del mal pensamiento que tan adelante había penetrado en su voluntad. En aquel tristísimo momento creyóse de todo punto sin recurso en la tierra y abandonada sin piedad por el cielo. La resolucion á que había dado acogida no era el desvario de un instante de arrebató ni el acceso de un delirio. Aquel proyecto había fermentado en su ánimo y echado raíces en su corazón, con la meditacion sostenida y profunda de veinte y cuatro horas sin interrupcion ni sueño.

Durante aquella incubacion lenta y ardiente, había acostumbrado sus ojos á mirar cara á cara el espectro del suicidio, y su conciencia á considerar aquel propósito con la severidad de una obligacion y con la austeridad de un voto.

No se exaltaba y se acometía, como la víctima de un frenesí colérico y repentino; era señora de sí con la seguridad fria y cruel del asesino alevoso. Mas ciega, se hubiera arrojado del primer paso. Estaba bastante segura para detenerse, y para sacar despacio las últimas consecuencias de una razon que solo había ejercitado para morir. Tal vez probó á satisfacer los últimos escrúpulos de su conciencia. Tal vez en aquel momento quería apurar si la naturaleza tenía bastante fuerza de atraccion para detenerla á orillas del abismo por los vínculos del sentimiento y por las inspiraciones de la ternura, tan poderosas, tan materiales en aquella organizacion meridional y apasionada.

Por desgracia, todos los accidentes poéticos del paisaje, todas las inspiraciones de su imaginacion exaltada y de su sensibilidad vehemente, todo el calor que la expansion de tantos reprimidos deseos pudiera dar al sentimiento ardiente de la vida, no habían hecho mas que redoblar ante sus ojos la fascinacion de la muerte.

El frio razonado proyecto de su lógica desesperada se revestía con los encantos y seduccion amorosa de aquella hora, se engalanaba con la poesía de aquel lugar y de aquella perspectiva, para tomar la forma de un éxtasis de pasión y de un arrobó de ternura.

El corazón de Sofia se abandonaba al deliquio de aquella monstruosa voluptuosidad del sepulcro, que las fúnebres leyendas de los siglos medios simbolizaron en los genios de muerte, que vienen á buscar á sus víctimas, revestidos de las gracias de un amor irresistible y de una sobrenatural hermosura.

Hundiendo sus miradas en el cielo refulgente, oyendo hervir á sus plantas el abismo surcado de fosfóricas ondas, sintiendo acariciados sus cabellos por las brisas de la noche, aspirando con sediento afán el penetrante perfume de los vergeles, abrazábase tambien al fantasma de la tumba con el extremo de aquellas íntimas caricias que nadie en el mundo había recibido de sus fantásticos amores... Sus ojos experimentaban aquella fascinacion tentadora, que muchos hemos alguna vez sufrido, contemplando solos, durante una hora de embeleso, el oleaje del mar sobre las arenas de una playa ó contra los escarpes de una tajada roca.

Nosotros conocemos ese magnetismo irresistible de unos brazos que se levantan del seno de las ondas, de unos ojos tiernos que nos hacen señas amorosas, indicándonos grutas escondidas en el centro de las aguas.

Nosotros hemos oído esos cantos de invisible sirena que vienen á arrullar en el ensalmo de su misteriosa melodía el sueño á que nos brindan, en lechos de coral y sobre cojines de alga y nenúfares, ondinas de seno de nácar, con ojos de esmeralda, y ramós de madrepora en sus manos...

Recordamos haber cedido, arrullados por sordos susurros, al adormecimiento de esa pérdida somnolencia, y que nuestros miembros se deslizaban al abismo en la fugitiva resaca, con el deleite de un baño suavísimo despues de una jornada ardiente por ásperos caminos. Sofia estaba no menos rendida y fatigada, no menos seducida y fascinada, y presa de ese extraño genio tentador.

Viajero rendido, dormido en el campo, obraba sobre ella aquel aliento de boa en acecho, con que nos arrebató hacia su boca la muerte deseada; revoloteaban en torno de sus oídos aquellas alas de vampiro que zumban adormecedoras sobre una frente reclinada en el seno de la desesperacion. Contra los atractivos seductores que habían paralizado el natural horror de la tumba, no tenía por escudo el horror de un crimen, ni siquiera la ridiculidad de una atrocidad caprichosa.

El genio satánico de la seduccion, que había desterrado de su mente todos los motivos de razon, había dado tambien en tierra con todos los reparos de su pudor, con todas las defensas de su conciencia, y Sofia se entregaba á los mortales abrazos que la arrastraban á la tumba, no con el terror de la pasión adúltera ó con el espanto de la inexperiencia seducida, sino con el tranquilo abandono de quien celebra desposorios legítimos en el único tálamo que el mundo le daba y que el cielo le permitía...

Y ahora era alucinacion verdadera y mas espantosa lo que ella creía realidad palpable. Tenía por soledad y aislamiento y desamparo, el desierto mismo que había hecho en torno de su corazón el concentrado fuego de aquella hoguera siempre encendida... Tenía por abandono del mundo el predominio exclusivo de su propio desapoderado egoísmo.

Porque le habían sido indiferentes ó le habían parecido vulgares los afectos que sostienen las fuerzas del alma, como quien rehezara por comunes los alimentos que dan sustento diario á la vida; á la impotencia de padecer la llamaba necesidad forzosa y natural de morir...

Porque le habia de faltar en breve el objeto de su amistad, porque no le habia atendido el idolo de su amor, porque sus deudos no habian de consagrar loores á su indiferencia, porque los infelices no debian una lágrima á su caridad, porque nadie habia de ir á estampar sobre sus restos la memoria y la correspondencia de un ósculo de amor; héla ahí, que podia desaparecer de la haz de la tierra, como desaparece una paloma del aire entre las garras del milano, como cae al arroyo una azucena del prado cuando los gusanos han roído su tallo. En la lúgubre retrospectiva mirada con que examinaba su estéril existencia, aparecíasele como proceso de condenacion, y en abono de su absurdo propósito, todo aquello que la razon de la virtud ó la inspiracion de un santo consuelo le hubiera presentado como estímulo de nueva vida.

Y como si no fueran bastantes los sofismas del error y las sugestiones de la pasion despechada, quedábanle á la desventurada criatura los escrúpulos de una virtud orgullosa, incapaz de hacer frente á los conflictos de la conciencia, luchando con un empeño que cree impracticable, y con la santidad de una obligacion que se le presenta como imposible. No era ya solamente á sus ojos el porvenir de su vida la continuidad de un tormento, sino la contumaz perseverancia de un crimen.

No era el esfuerzo de padecer lo que para vivir necesitaba; creia que le era mas necesario el valor de soportar la hipocresía ó de arrostrar descaradamente la impudencia del vicio...

— No, no, exclamaba de nuevo, avanzándose mas sobre el césped, como para poder deslizarse por su propio peso sobre el abismo que la atraia; yo he podido luchar con los martirios del dolor y con los accesos de la pasion cuando se llamaron ilusiones... También lucharía si fueran realidades... Venga el dolor, y yo lo resistiré... Venga la adversidad, y yo la arrostraré denodada... Pero mi situacion y mi vida no son siquiera el padecimiento y el infortunio... Son la vergüenza y el delito... son la pasion con la impostura, el crimen con la infamia... Y esa realidad espantosa no la puedo sentir... Dadme, si no, Dios mio, los acerbos dolores sin los malos deseos... Dadme, con la legitimidad del amor, una existencia de sacrificio... Y yo la aceptaré como la santa cruz de mi vida... ¡Felicidad!... ¡Placer!... ¡No lo he pedido nunca!... ¡No lo pido ahora!... Ahora, que me contento con la muerte...

Y rompiendo á llorar amargamente, como evada dell un movimiento de ternura y compasion hácia sí propia, y como quien vierte las únicas lágrimas que habia de excitar su desastroso fin...

— ¡Ay! no por cierto, añadia, yo no habia nacido perversa y egoísta... Yo no pedí al mundo groseros placeres, ni reclamé para mi corazón pasiones vulgares... No aspiré á satisfacer mi necesidad de amar con afectos frívolos ni con apetitos sensuales. No era tan fútil, que demandara á la existencia las satisfacciones de la vanidad; no era tan insensata que cifrara mi esperanza en una serie de prosperidades y alegrías; que no supiera cómo podian ser mi patrimonio contrariedades y desventuras. Yo no era tan flaca, Dios mio, que desechara mi parte de propiedad en la comun herencia de los grandes dolores y de los penosos trabajos, ni fui tan apasionada y tan material, que no hayan sido á mis ojos la corrupcion y la perversidad, condiciones mas repugnantes que el mas acerbo infortunio... Yo comprendí el entusiasmo de los grandes sentimientos, yo me elevé hasta la admiracion, á lo menos, de las costosas virtudes... Yo me he sentido con tendencias de abnegacion, bastantes para serme carga soportable el trabajo, y deuda fácil de satisfacer la obligacion de inmolar á un objeto noble una existencia entera de sufrimiento, ó á un hombre respetable y querido todos los placeres de una vida... Pero ¡ay!... No tener otro destino ni otro sacrificio que el de ocultar esta pasion culpable y de sobre llevar la vergüenza de un amor inextinguible bajo las apariencias de una virtud hipócrita; no sostener otra lucha que entre el martirio incesante de mis locos deseos y la virtud de disfrazarlos con la mas alevosa de las imposturas; no quedarme otro recurso que la sinceridad de declararlos en la mas cruel y humillante de las confesiones... ¡Oh! no... (Y entonces pasó sin duda por su fantasia una nueva espantosa idea.) No... Que el hombre que aun me ama y me respeta tenga celos de la tumba... de nada mas... de nadie mas. Que no sepa, que no crea, que no sospeche siquiera que he muerto por otro... yo, que tal vez muero por él... por no poder amarle... por no saber vivir... ¡Ay!... ¡yo, con tantos tesoros de amor y de vida en el alma... por no saberlos emplear!... No... no... ¡Dios mio!... Que ese hombre, que tanto me amó, diga solo que habia consagrado mi amor á una quimera infernal... que no he podido dar mi vida sino á la muerte...

Y diciendo así, erizados en la frente sus cabellos, como si hubiera visto en los aires un espectro espantoso, levantóse desparavida, cubrióse con ambas manos los ojos y la cara, y se abalanzó frenética, ciega, y resuelta hasta la última extremidad, donde le faltara pié para hundirse infaliblemente en el abismo...

De repente se siente detenida por el choque de un objeto, que, parando el ímpetu de su movimiento, como un tronco de árbol que atajara su camino, le hace rudamente retroceder un paso, apartar sus manos, abrir sus ojos y caer prosternada con un involuntario gemido. El objeto que tenia delante, y que se interpuso entre sus pasos y el abismo, era una enorme cruz de madera. Un hombre, que, hincado de rodillas y vuelta la espalda al precipicio, parece arrobado en extática admiracion ante aquel santo madero, y á la vista de aquella mujer.

Sofia le miró... le conoció... no era Enrique, no era Javier el que allí, al pié de la cruz del sufrimiento, la detenia... No era el hombre del amor ni el hombre del talento... No era el hombre de los misterios de los prestigios, ni el hombre de las ternuras y de los cuidados, el que se habia puesto entre sus pasos frenéticos y una muerte segura... Era un hombre de indiferencia, de insignificancia; un hombre de oscura piedad y de mas oscura condicion. Era el pobre y religioso aldeano, distraído en sus nocturnos paseos y embargado en el arrebato melancólico de sus devociones. Era el humilde y caillado y respetuoso Pablo el Triste, quien estaba allí en aquel instante, predestinado mensajero de la Providencia...

## II.

Pablo no habia visto acercarse á Sofia. Postrado y abortado al pié del signo de redencion, solo en el instante de sentir sobre su cabeza el gemido de la sorprendida jóven, habia levantado aquella frente pálida y aquella fisonomía apacible y resignada, pero nunca como entonces triste y dolorida. La expresion intensa y desusada que en medio de su asombro dirigió á Sofia, queria seguramente decir que él, en su respetuosa humildad, nada podia preguntar, pero que ella nada tenia que temer...

— ¿Eres tú, Pablo?... dijo Sofia dudando aun de la realidad de su vision...

— Puede ser que no sea yo, sino Dios, señora, contestó religiosamente aquel hombre, si estoy aquí para libertaros de algun mal...

— ¿Qué haces aquí? ¿A quién esperabas aquí?...

— ¡Hoy, señorita, hoy!... Otras veces espero á quien auxiliar y servir... hoy cabalmente no podia esperar á nadie conmigo... (y aquel hombre lloraba abundantemente diciendo estas palabras); hoy habia venido aquí para hincar esta cruz en el hueco de esta peña...

— ¡Esta cruz, Pablo!... repitió Sofia consternada. ¿Y eres tú quien acaba de ponerla?... ¿Para qué?... ¿De orden de quién?...

— De orden de nadie, respondió el Triste; pero con permiso de Dios... ¿Para qué, señorita?... ¿Qué sé yo?... pero si esta cruz ha impedido que Vd. se cayese por ese salto, ya ve Vd. que no fué en vano...

— ¿Quién te ha enseñado á hablar así, Pablo?...

— Señora, continuó aquel hombre con admiracion, y siempre con lágrimas... ¡Si yo no sé hablar!... Si casi no hablo nunca, señorita! Si hace mucho tiempo que no sé lo que digo, y á veces ni lo que hago!...

— ¿Y no sabias hoy lo que hacias al poner la cruz?...

— Sí, señorita... Sabia lo que hacia yo... ¡pero no se sabe nunca lo que hace Dios!...

— Pero tú... tú... ¿en qué pensabas cuando ponias aquí esta santa señal?...

— ¡En una gran desventura!... contestó aquel hombre con lento y hondo gemido.

— ¿En una gran desventura, Pablo? replicó Sofia con acento de demandar la explicacion de aquella palabra.

— ¡Ay!... ya se lo he dicho á Vd. en otra ocasion, señorita, replicó aquel hombre, en el compungido tono de quien pide merced... se lo he dicho á V. otra vez... No me la pregunte Vd... no la sé contar... no la puedo decir... Pablo el Triste no sabe hablar... Pablo el Triste ha sido Pablo el loco... y antes que todo Pablo el desventurado... No quiera Vd. que sea Pablo el indiscreto... Esa desventura, señorita, no fué solamente mia... que en tal caso no seria muy grande... y la contaria... pero ahora, yo no, señorita... que se la cuenten á Vd. en el valle... que se la cuenten á Vd....

— ¿Quién, Pablo?... interrumpió Sofia, ¿la madre Irene?...

— ¡Oh!... no, señora, repuso vivamente el Triste... la madre Irene no la sabe tampoco... no se la dije yo... la sabe el señor don Javier... pero él me impuso silencio para con la delicada y enferma religiosa...

Desde las primeras palabras de aquel hombre, desde aquel misterioso y providencial encuentro, habia empezado una triste reaccion en las ideas y en las disposiciones de ánimo de Sofia.

A pesar de la intensidad de su desesperado pensamiento, la impensada manera con que se habia atajado el término de su mal propósito habia producido una especie de parálisis en su desesperacion, y una mezcla de cavilacion y despecho, como si quisiera encontrar la cuenta perdida en la maraña de sus confusos pensamientos. Ni venia ahora en su auxilio la confusion del alucinamiento y del ensueño que otras veces la hacia dudar de todo: hoy, por el contrario, en esta misma aparicion que tanto se prestaba á las apariencias ilusorias ó á las aprensiones fantásticas, predominaba aquel sentimiento poderoso de realidad, con que la noche antes, una revelacion impensada habia roto el talisman del sortilegio de sus quimeras.

Pero en aquel instante parecía que la revelacion habia sido incompleta, que su curiosidad estaba muy distante de encontrarse satisfecha, y que en la situacion y encuentro de este hombre allí, habia algo mas estrecho y misteriosamente ligado con su propio destino... En la desgracia de que le hablaba el oscuro aldeano, parecía que habia un vínculo siniestro con su propia mala ventura, á la manera que el levantar allí aquella cruz habia estado en relacion con su desesperado propósito.

Sobre todo, cuando le oyó pronunciar el nombre de Javier, cuando habia hecho mencion del extraño precepto de secreto que se referia á Irene, la curiosidad de Sofia se encontró tan vivamente excitada, que no omitió

medio alguno de blanda seducción, de imperiosa autoridad ó de cariñoso ruego, para obtener de aquel medio extraviado campesino lo que él aseguraba no ser mas que una desgracia suya; lo que ella, sin darse razon, creia que habia de estar enlazado con la trama de sus propias desdichas...

Era fácil obrar sobre el ánimo sumiso, blando, acostumbrado á la obediencia, del pobre aldeano, que no se habia visto jamás puesto á prueba de preguntas tan premiosas y de ruegos tan blandos. Disculpábase con su obediencia, con su confusion y con el mismo dolor que le ahogaba. Sin embargo, por su espíritu habia cruzado una idea, para él mas que para otros, fácil de comprender y de sentir. Él veia, sentia, adivinaba que aquella interesante jóven era sobremana desgraciada, y que si su aparicion en aquel sitio no se debia á un acto deliberadamente desesperado, era efecto á lo menos de una distraccion que rayaba en extravío.

Veia, comprendia, adivinaba que tal vez sus palabras podian servirle de consuelo ó de reposo solo con revelar que también en las humildes condiciones habia desgracias del corazón, tanto como trabajos de necesidad y privaciones de miseria, y pensó gravemente si no seria falta de caridad y sobra de obstinacion negar á una mujer, tan preocupada de la trascendencia de su afliccion propia, el conocimiento de una desgracia que, contra lo que ella esperaba, nada tenia que ver con sus pesares y dolores...

Una sola gracia de reserva quiso pedir y obtener el Triste, al decidirse á ser confiado. Cuando con mil protestas de humildad le encarecia la imposibilidad de referirle tan oscuros pesares, habia tanto mas insistido sobre su escasa importancia, cuanto que él no hablaria, aseguró, mas que de sí propio...

— Porque señorita (añadia con una expresion que no dejaba de ser correcta y clara, y que distaba notablemente del rudo lenguaje y embrollado estilo de los aldeanos)... de mis secretos, por grandes que sean, el dueño soy yo... pero sobre la vida y la conciencia ajena no tengo facultad ni disposicion alguna, ni lo que otros pensaron y quisieron se sabe nunca bien...

Dire á Vd. de los otros, señora, no mas de lo que sea mio... y con harto temor de que Dios me pida cuentas... ¡Ay! tome Vd., por Dios, sobre sí responder con su talento y su prudencia de lo que yo de mas dijere; porque imposible será que yo hable solo de mí, ni que por razon de mí solo tenga misterio, ni secreto, ni desgracia alguna...

Yo fui, señora, continuó Pablo (siempre en la misma postura, Sofia sentada al pié de la cruz, sobre la yerba movida de la peña): yo fui, no há muchos años, que no soy viejo todavia, un labrador acomodado de la otra parte de esa marina. Tenia, ó por mejor decir, tuvieron mis buenos padres, hacienda y casa de labor, y me crié en ella con un hermano que murió en el mar yendo á las Indias. Asistílos aun mas aplicadamente desde que los vi solos, labré su campo y sus pomares y sus viñas, y cuando fueron ancianos y quisieron que me casara, admití la indicacion que me hicieron, y busqué y pedí, y obtuve y serví la novia que me propusieron. Era esta la hija única de un labrador, no menos acomodado entonces, con labor propia y pastos y granjeria, y telares de lienzo para mujer, hija y criadas, y con abundante caudal y con mas rica y acreditada honradez por todas estas comarcas. La hija era tan hermosa, señorita mia, que antes que Vd. hubiera venido á este valle, solo por ella se pudo tener idea de lo que es una grande y peregrina hermosura. No era mucho, señora, que yo la quisiera, teniendo la esperanza y promesa de ser su esposo; pero, aun á no tenerla, y á haber sido de distinta condicion que la suya, posible es, señorita, que desesperadamente la amara. Las edades nuestras no eran muy conformes, puesto que ella no contaba la mitad de mis años, cuando yo tenia treinta y seis; pero así y con esta desproporcion se hacen, no solo muchos matrimonios, sino que se conciertan voluntarias amistades y se tratan á menudo amores y desposorios en estos alrededores. Ella, á lo menos, no me habia demostrado nunca ni desdeñosa ni repugnancia; antes bien admitió desde luego mis servicios y mi compañía de novio con la complacencia honesta y recatada de la que no quiere en el matrimonio parecer liviana, ni manifestar que le acepta de forzada voluntad. Cuando yo iba á buscarla para conducirla á las usadas fiestas, nunca parecia ni ceremoniosa ni apremiada; y si no estaba cariñosa y risueña, debia atribuirlo yo á que, bastante discreta y bien criada, no le sentaba bien dar ocasion á que yo abusara de la libertad que nuestras costumbres conceden á las vistas y pláticas de los que están apalabrados de casamiento.

Era, sí, verdad, señorita mia, y debo decirlo sin vituperio de su buen nombre, mas antes en disculpa de su mala ventura, que ella habia recibido del cielo unas inclinaciones muy superiores á su crianza, unos aires mas altos que su condicion, y unos modos é ideas de pensamiento y de palabra que no se podian ajustar con las rústicas trazas de mi tosquedad y con las ocupaciones y menesteres á que me sujetaban mi nacimiento y mi fortuna. Las ropas mas galanas de las fiestas de aldeana sentábanle á ella como cuando se las pone una dama para representar en las ciudades una comedia de campo; las tonadas del valle cantábalas su dulcísima voz como aquellos coros celestiales que se oyen algunas veces por la noche en la celda de la madre Irene.

(Se continuará.)

## Estado actual

DE LA ALDEA DE BONDY.

Un corresponsal del periódico *la Verité* traza el cuadro siguiente de la aldea de Bondy, despues del bombardeo que tuvo efecto para desalojar de esa posicion á los prusianos:

« Un espectáculo muy doloroso nos espera en Bondy. La desdichada aldea ha sido bombardeada, quemada y saqueada, y apenas quedan las cuatro paredes en la mayor parte de sus edificios.

» Desde la entrada de la calle de Saint-Denis se observa ya el desastre: la posada del *Cisne de la Cruz* ha quedado cortada en dos partes; los escombros suben hasta la altura del piso principal, en tanto que la fachada que cae al camino de Paris se conserva exteriormente en buen estado; la parte que mira á Bondy toda ruinoso, deja á descubierto el interior de la posada. Se distinguen perfectamente la escalera rota y la entrada



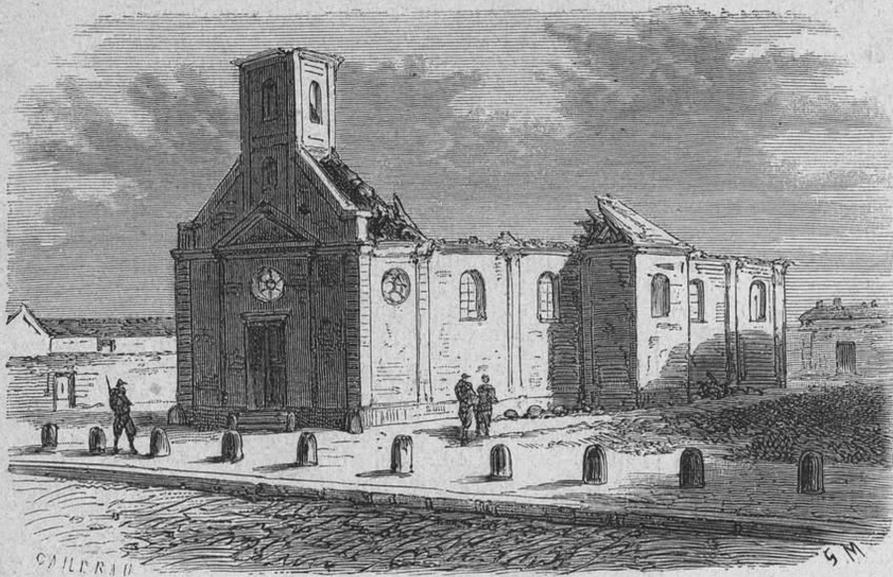
Los destrozos del sitio en Bondy (cercanías de Paris). — La granja.

ría del boulevard Haussmann que sobre las pizarras de Bondy. En lo alto de la calle de Saint-Denis, cerca del camino, continúa la devastacion que ofrece un aspecto mas terrible todavía.

» Algunas habitaciones se han preservado como por milagro: el edificio de la gendarmería y una bonita casa de la calle Moderie, donde ha elegido domicilio el estado mayor de los francos-tiradores, no han tenido

que una parte de la techumbre ya no existe; la bomba que ha respetado las paredes exteriores ha cumplido aquí su obra de destruccion: en una de esas casas los utensilios de cocina estaban en el fogon; en otra habia una mesa cargada de papeles; en otra se veía el marco dorado de un espejo en medio de ruinas humeantes todavía.

» De la iglesia y del campanario no queda mas que un monton de ruinas: toda la techumbre se ha hundido y en su caída ha destrozado los altares, las sillas y los bancos; la campana principal ha quedado cortada en dos partes, una de ellas hecha pedazos y la otra entera. Las pilillas de agua bendita están intactas, como las cruces de hierro inserustadas en la pared.



La iglesia.



Restos de una taberna.

de los cuartos de los pisos segundos y terceros. Las paredes están negras, y por una extraña casualidad el rótulo del establecimiento ha quedado intacto y continúa columpiándose en los aires.

» Todo esto no es mas que el prefacio. Ninguna casa de la calle de Saint Denis se ha librado de las bombas; todos los tejados se han hundido, las paredes se han abierto y el interior se ha reducido á cenizas. Algunos objetos han sobrevivido á la catástrofe, pero se hallan sepultados bajo los escombros y se encontrarán difícilmente.

» Por el horrible aspecto que presenta Bondy puede uno hacerse cargo de los espantosos efectos de un bombardeo, y estremece la idea de que tamaños males le están quizás reservados á la capital.

» Sin embargo, añadiremos que todas esas casas, única fortuna hoy destruida de los que las habitaban, se construyeron sin ofrecer grandes garantías de solidez, y seguramente las bombas harían menos daño sobre las piedras de sille-

» Aquí la mayor parte de las casas han conservado en lo exterior una buena apariencia. Apenas se ven rotos algunos cristales; se empuja la puerta para entrar y entonces se nota, al ver que atraviesa la luz por arriba,

ninguna avería. En cambio la escuela de niñas ha sido devorada por las llamas.

» Algunos aldeanos circulan por en medio de tan tristes ruinas para tratar de recoger lo que puede recogerse. Maldiciendo la guerra, cargan en miserables carretas lo que les queda de su pobre mueblaje y desolados vuelven á tomar el camino de Paris.

» Desgraciadamente algunos no encuentran nada, y naturalmente su dolor es mayor aun y le exhalan contra la autoridad militar que ha ordenado semejante bombardeo.

» Con efecto, esa devastacion es obra de los fuertes de Paris; parece ser que no habia mas que ese remedio un tanto heroico de desalojar de allí á los prusianos que emboscados en las casas, molestaban sin cesar á los francos-tiradores.»

L. M.



La posada del Cisne de la Cruz.